FUTURO

LA REVOLUCION EN ESPAÑA
NUEVOS DOCUMENTOS
Y REVELACIONES

JUNIO

1935

DIRECTOR:

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

MEXICO, D. F.

FUTURO

Revista Mensual Registrada como Art de 2a. Clase el 12 de Dic. de 1933.

TOMO III JUNIO DE 1935 NUM. 5

SUMARIO:

	Págs.
Preámbulo	377
Una carta de Henri Barbusse	379
Denuncia del Dr. Fernando de los Ríos	382
La Revolución de Octubre en España.—Por Luis Araquistain	389
La Insurrección en Cataluña.—Por Joaquín Maurín	405
Gráficas:	
Etapas del Proletariado español.—Por Rodolfo Llopis	424
La nueva etapa histórica.—Por Antonio Ramos Oliveira	431
Tres Poemas de Rafael Alberti	449
Breve entrevista con Rafael Alberti y María Teresa León	452

Editorial FUTURO

DIRECTORIO:

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO
Director.

ALEJANDRO CARRILLO JR.
Gerente.

VIDAL DIAZ MUÑOZ
Administrador.

EFRAIN ESCAMILLA y MANUEL MOGUEL TRACONIS
Secretarios de Redacción.

Toda correspondencia debe dirigirse al Administrador

Motolinía 19. Apartado Postal, 2403

Teléfonos: Eric. 2-98-79 Mex. L-33-94.

MEXICO, D. F.

PRECIOS:

Suscripciones en la República, por un año	$ 5.50
Para el extranjero (dólares)	1.50
Número ordinario en la República	0.50

PREAMBULO

Volvemos a dedicar un número de nuestra Revista a la situación por la que atraviesa España. En esta ocasión, completando la edición correspondiente al mes de febrero del presente año, publicamos nuevos escritos y documentos desconocidos hasta hoy sobre la Revolución de octubre. Sus autores ocupan un prominente lugar en la acción política y en las letras de España, para que necesiten ser presentados a nuestros lectores.

El doctor Fernando de los Ríos, cuya probidad personal es una garantía para todo el mundo, al denunciar al Procurador de Justicia de la República los hechos criminales y espantosos de que han sido víctimas los trabajadores revolucionarios, ha redactado indudablemente un documento de importancia histórica que significa una condenación contra el Gobierno conservador de Madrid, que nadie se atreverá a tachar de falsa. El estudio panorámico de las principales etapas que ha seguido el proletariado español, hecha por Luis Araquistain, brillante escritor de izquierda y director de la revista "Leviathan", es también un documento de valor inestimable, porque en unas cuantas líneas da a conocer los sucesos exactos y culminantes de la evolución social de España, presentando los verdaderos móviles de la Revolución de octubre y demostrando, así, que el porvenir de la clase trabajadora española es fecundo y lleno de halagüeñas promesas. Joaquín Maurín, el vigoroso líder del Bloque Obrero y Campesino de Cataluña, explica de una manera cabal y certera las causas de la insurrección en la región más rica del país, y los motivos del fracaso momentáneo del levantamiento; es difícil encontrar un análisis más exacto, más desapasionado y más ilustrativo que éste, escrito como los anteriores, especialmente para la Revista "FUTURO". Rodolfo Llopis, intelectual verdadero: pensador y militante, profesor y revolucionario de acción, pedagogo de escolares y de muchedumbres, analiza los tres períodos más importantes de la clase trabajadora de España: 1917, 1930, 1934.... Es fácil prever una fecha próxima que complete estas tres, en la seguridad de que la última ha de ser parecida al octubre de Rusia. Antonio Ramos Oliveira, líder completo,

hombre en toda la extensión de la palabra, en el pensamiento también y en la acción fecunda, nos da una impresión de lo que ha acontecido en España y de la significación que tiene el movimiento que tanto ha conmovido al proletariado de la tierra, especialmente, a los trabajadores de habla española.

La Revista "FUTURO" se siente legítimamente orgullosa de poder publicar estos nuevos documentos y revelaciones relativos a la Revolución Española, pues a pesar de la persecución feroz de que son objeto en la actualidad sus elementos representativos, y no obstante el enorme trabajo que los agobia, han contribuido, empleando nuestra tribuna, a la difusión de lo que significa el régimen católico-feudal que prevalece en aquel país digno de una situación mejor por mil motivos.

Hemos colocado a la cabeza de esta edición una carta dirigida a nuestro director por el eminente escritor Henri Barbusse. El documento no necesita comentario. Estimamos que es una excelente introducción para juzgar en concreto el momento que todos vivimos.

Una carta de Henri Barbusse

A VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Señor don **Vicente Lombardo Toledano,**

México.

Mi querido amigo y camarada:

Usted me pide el cuadro de la situación actual en mi país y en el mundo, o bien, lo que es igual, mi opinión relativa a esta situación.

Con mucho gusto procedo a hacer este cuadro a grandes rasgos, y no existe por mi parte pretensión alguna en quererlo hacer así, ya que esta situación se me presenta con caracteres sumamente claros y precisos.

Existe en el mundo un país que ha intentado y que ha comenzado a organizar la comunidad social sobre nuevas bases, bases que son el trabajo y la igualdad y la justicia sociales de acuerdo con el trabajo. Este país que se ha colocado al margen de todos los demás, goza en la actualidad de una prosperidad que crece con toda regularidad. Pero todos los demás países se encuentran hoy más o menos bajo el yugo de regímenes que favorecen los antagonismos nacionales, es decir, la serie de los conflictos que se inician en el terreno de la economía para llegar finalmente a los conflictos armados y a la guerra militar. En todos estos países que obedecen las antiguas tradiciones más o menos enmascaradas y "camouflées" en su aspecto externo, los antagonismos nacionalistas se apoyan en principios de explotación y de opresión del hombre por el hombre. En etapas de evolución bien diversas, los regímenes que se ostentan todos ellos como democráticos, están más o menos mancillados por la reacción social. Después de la guerra mundial de 1914 han sido elaborados un buen número de tratados de paz fijando transformaciones territoriales que han hecho surgir nuevas naciones, pero que no solamente han dejado intactas las eternas causas de la guerra, sino que las han fortalecido y han creado otras nuevas. Nos

encontramos literalmente en vísperas de una guerra cuya causa determinante puede brotar ya sea de un país o de otro.

En la actualidad el peligro parece ser más amenazador a consecuencia del rearme de Alemania. Es conveniente repetir que este estado de cosas no es sino el resultado de la política que ha prevalecido antes, durante y después de la guerra, y especialmente de la situación en que injustamente fué colocada Alemania. Es necesario considerar también que las potencias victoriosas que han pretendido mantener a Alemania en un estado de rebajamiento y de humillación que no era posible mantener con un gran pueblo, han faltado a los compromisos meramente verbales que ellas mismas han expresado solamente en los tratados de paz, a saber el desarme general, única garantía real de la supresión de la guerra. La fórmula ha sido el rearme intensivo de cada país, rearme que no ha hecho sino acentuarse desde que Alemania ha procedido a hacerlo primero de una manera clandestina y después abiertamente.

No es con pujos de esta índole que se puede asegurar la paz: al contrario, se le hace peligrar de un modo definitivo. Hoy como ayer, no puede existir una paz seria, una paz duradera, sino mediante el desarme simultáneo de las potencias. Esta es la teoría que siempre ha pregonado la Unión Soviética, cuya influencia se ha dejado sentir más y más en el concierto de las demás potencias en estos últimos años. En defecto del desarme, que nadie estaba dispuesto a aceptar exceptuando la Unión Soviética, ésta ha ido imponiendo poco a poco el sistema de los pactos de no agresión y de los compromisos mutuos entre las naciones, así como de ayuda en caso de agresión. Si este objetivo no viene a constituir una solución que pueda descartar para siempre la guerra, no por eso deja de ser en esta materia y en las circunstancias actuales la única a la cual pueda uno adherirse prácticamente para descartar momentáneamente el peligro de la guerra. Está en oposición a la política de la "carrera de los armamentos" y de las excitaciones nacionalistas, política que no es más que un medio vulgar de llegar finalmente a pequeños choques y conflagraciones fatales. Las grandes masas de obreros en los países de Europa y de América, comprenden que para lograr el fin que debe constituir el ideal sagrado de cada uno y de todos, es decir, para evitar la guerra, es necesario por una parte adherirse a la política específicamente pacifista de la U.R.S.S., y por otra parte, combatir a la reacción social en todas sus formas y combatirla en cada país en donde se presente, y en todas las circunstancias en las que se manifieste. En efecto, no es sino mediante una transformación social equitativa que se llegará

a considerar como posible la verdadera solución positiva, es decir, el desarme simultáneo de los diversos países. Esta solución no es por ningún motivo utópica. No se puede decir que un objetivo sea utópico desde el momento en que éste es el único que asegure la existencia misma de la humanidad, puesta en peligro en los tiempos que corren por criminales aberraciones de los "chauvinismes" nacionales y de las locuras nacionalistas, reforzadas por ese recrudecimiento de la reacción social y de la esclavitud de los trabajadores que encarna el fascismo.

Votre dévoué

Louis Bertin

DENUNCIA DEL
Dr. Fernando de los Ríos
Al Fiscal de la República Española

Por Fernando de los Ríos.
(Especial para "Futuro").

El domingo 30 de diciembre en el correo-express de Asturias a las 10.20 de la noche, acompañado del doctor Negrín y del diputado señor Ruiz Lecina, salí para Asturias con el fin de ver a Teodomiro Menéndez a quien creímos hallar en estado semiagónico, a juzgar por las noticias de la Prensa relativas a su intento de suicidio.

Hechas las oportunas diligencias, fuimos a ver a la esposa de Teodomiro, enferma del corazón, y a la que hallamos sumamente deprimida y atribulada. De allí, y siempre en coche, para recatar nuestra presencia lo más posible y poder cumplir con serenidad la misión que nos habíamos asignado, fuimos al Hospital Provincial, donde está encamado Teodomiro. La orden que el oficial de guardia —oficial del Tercio, como todas las fuerzas que vigilan el Hospital— hubo de comunicarnos, imposibilitaba nuestro acceso. Sólo se permitía subir a los familiares. No obstante, insistimos para que hiciera presente a quien correspondiera nuestra calidad y nuestro deseo de ver al enfermo. Se nos comunicó que debíamos obtener el permiso del juez militar, que se hallaba en otro lugar de Oviedo, y como ya hubiera salido cuando nosotros llegamos, volvimos al Hospital, donde, tras larga espera, fuimos autorizados para subir. Al pasar conducidos por el oficial de guardia por una de las salas donde hay un grupo numeroso de presos hospitalizados, nos saludaron éstos con muestras de afecto. Llegamos a la sala donde estaba Teodomiro, y como nos habían dicho que se hallaba en período comatoso, fuimos impresionados favorablemente, porque inmediatamente que nos divisó nos reconoció. Al acercarnos a él se me abrazó, estuvo besándome y me dijo: "¿Traéis alguna misión?". A lo que hube de responderle que sí: la de darle un abrazo, la de expresarle nuestro cariño y nuestra adhesión y además la

de comunicarle —un imperativo de humanidad me movía a ello— que tuviera la seguridad de que no había de pasarle nada. Sonrió, e inmediatamente comenzó a divagar y perder la coordinación de ideas diciendo cosas incongruentes. Su color terroso hacía suponer a los doctores, y entre ellos al doctor Negrín, que existía una hemorragia interna, la cual podía tener gravedad tal, que era imposible prever si podía o no vivir veinticuatro horas. Para no forzarle a hacer un esfuerzo de concentración y un derroche de energía perjudicial, nos fuimos. Teodomiro ha estado en total cincuenta y tres días incomunicado; más por debajo de la puerta, nos dicen, echábanle recortes de los periódicos de la derecha, que hablaban contra él. A Teodomiro lo han enloquecido.

Acercáronse algunos periodistas a mí preguntándome si me quedaría en Oviedo y si podría recibirles por la tarde, una y otra cosa con sospechosa insistencia, ya que desde el primer momento hube de decirles que ni podía contestar a lo primero, porque dependía de la salud de Teodomiro, ni en cuanto a lo segundo había lugar, ya que exclusivamente había venido a Oviedo a ver al compañero en desgracia y no quería recibir a nadie.

Fuimos a comer al hotel, y terminada la comida y después de haber recibido a algunas personas y hablar con ellas, con la hija de nuestro compañero Bonifacio Martín, muerto en el movimiento, y algunos otros, y haber hablado asimismo con un compañero a quien hube de entregar 1.250 pesetas en nombre del Comité pro-presos, nos fuimos a la cárcel.

La impresión que hubo de causarnos ésta desde el comienzo, fué siniestra, angustiosa, por los tonos de agua fuerte que revestía.

En efecto, desde el primer momento hube de notar que el alma de la prisión no era el director de la misma. A su vez, parejas de la Guardia Civil entraban y salían en la prisión, que es lóbrega y pequeña, y en el hueco central estaban Guardias de Asalto con carabina.

El primer grupo con quien hablé lo formaban presos por el alijo de armas. No estaban todos éstos; pero sí siete u ocho. La conversación fué extensa, muy extensa. Aparte de lo que yo juzgué conveniente decirles para que supieran cuán íntimamente nos afectaba el dolor terrible que estaban sufriendo, la persecución de que les hacían objeto, contáronme lo que otras comisiones, que inmediatamente después hubimos de recibir: una en que estaba el hijo de Llaneza, algunos presos de Turón, muchachos de la Juventud Socialista, comisión de mujeres, el catedrático Wenceslao Roces, quienes nos confir-

maron la siniestra magnitud de los hechos, que me relataron y denunciaron y que se pueden centrar a estas denominaciones: tormento del **potro**, tormento del **trimotor**, tormento del **tubo de la risa**, y paso a la **sala del orfeón** o de los **conciertos**. El primero consiste en pasar una barra por debajo de las corvas, atando a ella piernas y brazos y haciéndoles después objetos de torturas. Este tormento me aseguran, ha llegado en ocasiones a hacerse metiendo la mano por debajo de las piernas y estrangulando los órganos de la virilidad. En este sentido se me refería el caso concreto, con el nombre, de uno a quien le fueron quemados esos mismos órganos para que dijera lo que se le exigía.

El segundo tormento, el del **trimotor**, consiste en colgarles por los brazos de una polea, dejándoles suspensos en el aire, y, a fuerza de vergajazos mecerles. El tercero consiste en pasar por una fila de guardias, que van descargando su fusil, unos sobre las espaldas, otros sobre los pies. Por último, el llamado **"sala del orfeón"**, tiene un campo infinito de apelaciones de tormento; por eso le llaman "sala del orfeón"; porque todo el mundo canta. Hospitalizado está a quien le aplicaron ascuas a las plantas de los pies para que llegara a declarar; otro a quien le retorcieron los testículos, le produjo ella una supuración del ano, y como le echaran en una celda enteramente como si fuera un pudridero, sin llamar a los médicos, a los pocos días había muerto.

Es especialmente horroroso lo acontecido con uno de los muchachos de Turón. Este chico, que ha tomado parte en el acto colectivo de los asesinatos de Turón, como le preguntara el juez: "¿De modo que mataste?", contestaba: "Matamos". "¿De modo que tú confiesas que asesinaste?". "No, asesinamos". Semanas pasadas —me denuncian todos— se presentó en la cárcel una familia de los asesinados en Turón y pasaron a una habitación a donde fué llamado este muchacho, que tendrá unos veinte o veintiún años; una vez que estuvo dentro compareció la familia antes citada con un guardia civil. El guardia civil comenzó a abofeterle, a darle patadas, hasta que cayó al suelo, y entonces le entregó a la tal familia de la víctima para que hiciera con él lo que quisiera. La familia se puso sobre su cuerpo a pisotearle, hasta que una enorme bocanada de sangre les manchó los vestidos a las propias mujeres que le pisoteaban. Como quedase completamente sin conocimiento, le echaron un poco de agua en la cara y pudo levantarse. Al levantarse, de nuevo fué sometido a iguales vejaciones, y otra vez cayó al suelo y nuevamente fué pisoteado por la familia... El muchacho —perfectamente entero mientras

nos refería esto— cuando, emocionados, preguntámosle si podríamos hacer algo, me contestó que nada; pero prorrumpió en unos sollozos contenidos que a todos nos produjo una impresión profundamente patética. Este muchacho, dijéronnos, que se cree será dentro de pocos días fusilado.

En prisión hay aproximadamente 1,100 presos. La prisión sólo es capaz para 250. Ni siquiera el servicio de las comidas está regularizado. Hay ocasiones en que almuerzan a las once de la mañana y comen a las tres de la madrugada. No se han normalizado los turnos, de suerte que cada cual pudiera adaptar su organismo a un régimen, el que fuera, pero un régimen. Los presos están en sus celdas sin salir a pasear; en los tres meses transcurridos no han visto un rayo de sol, ni han sido llevados un solo minuto a un patio. De aquí que haya un estado de cierta anormalidad psicológica en todos los presos y gran exaltación nerviosa. El espíritu de todos ellos, hombres y mujeres, es impresionante por la energía excepcional que acreditan y por el sentimiento de justicia que afirman dominó el movimiento, expresado en el tono humanitario que prevaleció, salvo en Turón, y crímenes ajenos a la organización obrera.

Ya de noche salimos de la prisión. Hablamos con la mujer de Ramón González Peña, caso de serenidad verdaderamente admirable. Hubo de referirnos cómo, al ser llamada a declarar dónde estaba su marido y decir que lo ignoraba, fué abofeteada. Nos enteramos de lo hecho con el hijo de Belarmino Tomás, un niño de dieciséis o diecisiete años, a quien tuvieron treinta y dos horas mirando a la pared, obligado a sostener con la nariz una moneda; cada vez que se caía, porque lo vencía la fatiga, le preguntaban dónde estaba su padre. y al responder que no lo sabía, le daban un vergajazo. Otro señor —su nombre no viene al caso— nos refirió lo acontecido a una mujer, cuyo nombre conozco, con dos hijas. Una de ellas murió al pie de una ametralladora, cuando ya la tropa se echaba encima y a ella se le habían concluido las municiones; se desgarró el corpiño, les llamó cobardes, les dijo que disparasen sobre ella, trataron de salvarla, pero al fin fué muerta. Otra hermana, que no se había mezclado en nada fué llevada presa a un cuartel de Oviedo, y en el patio la dejaron absolutamente desnuda; un oficial —no recuerdo su nombre ni de qué arma— la maltrató de palabra y obra, escarneciendo su cuerpo con latigazos y, como ella, encolerizada les dijera: "¡¡No os da vergüenza hacer esto con una mujer!!", el oficial como si hubiera experimentado una crisis de conciencia, se acercó a ella y la trató en tono completamente distinto. El

oficial se negó a que se apoderara de un pañuelo lleno de sangre en el que ella reconocía el pañuelo de su hermana, porque podría comprometerla. Está en libertad....

A las nueve de la noche salimos de Oviedo para Astorga. Me detuve en León con Ruiz Lecina. Era pasada la una y media de la madrugada de la noche del 31 de diciembre de 1924. Nos fuimos a descansar unas horas al Hotel París; nos levantamos a las siete y media, y a las ocho tomábamos un taxi para Astorga.

En medio de una niebla densa y fría, que nos dificultaba la marcha, llegamos a Astorga, al cuartel de Santo Cildes, donde al decir del comandante había aproximadamente unos 1,030 presos, todos ellos procedentes del movimiento y pertenecientes a la zona leonesa y algunos a la zona asturiana. Como quiera que se hubiera recibido la orden de no permitir la visita a los presos, más que los domingos, el comandante señor.... tuvo que hacer una gestión. Esto nos permitió estar con él una hora, que ha sido de las más fructíferas de las horas que he pasado escuchando relatos sobre el movimiento de Asturias. Este comandante, correcto, caballeroso, iba con las fuerzas del general Bosch a Asturias y fué de los que estuvieron copados durante cinco días por las fuerzas revolucionarias. De 600 hombres que componían las tropas que llevaba el general Bosch, tuvieron 300 bajas y durante dos días estuvieron sin comestibles y sin municiones. Me refería el comandante cómo los revolucionarios habían llegado a inventar máquinas para el lanzamiento de bombas, máquinas que utilizaban con una tal precisión, que ponían la bomba allí donde fijaban el objetivo. Referían en términos pintorescos y admirativos, el caso de un revolucionario disfrazado de mujer, que en una trinchera o parapeto en lo alto de la montaña, salía, se paseaba contoneándose y se metía inmediatamente en el sitio donde tenía apostada la ametralladora, y, como me decía el comandante con frase expresiva, "nos freía".

Asimismo expresaba su asombro y admiración por el que juzgaba director militar de aquellas fuerzas. Me lo describía hombre arrogante, alto, bien vestido, más bien grueso, el cual salía, daba unas órdenes, e inmediatamente las coronas de las montañas se movían con una disciplina táctica de que él —el comandante— estaba maravillado. Por último me refería algunos episodios a propósito de lo que él llamaba fanatismo revolucionario. Entre éstos un muchacho retirado por ellos, y herido grave, al cual se acercó viéndole moribundo, por si quería algo. Momentos antes de expirar, levantó el brazo y cerró el puño delante de ellos.

El comandante me dijo que la situación de los presos allí era mala. Que de los mil treinta y tantos hombres, habría treinta o cuarenta a lo más que tuvieran jergones de paja. Los demás dormían sobre montones de paja, y suponía que todos tenían manta. La paja, me dijo, estaba infectada de toda clase de parásitos; que lo había comunicado a Madrid, que habían ofrecido que iría un equipo sanitario para desinfectar todo aquello y enviarían trescientos o cuatrocientos petates; pero a pesar de ello llevaban tres meses allí los presos y no había llegado el equipo ni se había recibido un solo petate. El comandante se condujo con nosotros con corrección absoluta, y en sus juicios reveló gran nobleza.

Recibida al fin la orden para que pudiéramos pasar a ver a nuestros compañeros Nistal y...., médico el uno y maestro el otro, pasamos por un patio magnífico, espléndido, de dimensiones tan grandes como la Plaza Mayor, y subimos al sitio en donde habían de aparecer nuestros compañeros.

Como en Asturias, nos mostraron su gratitud por el acto de compañerismo, y a nuestro amigo Nistal entregué 1,250 pesetas en nombre del Comité pro-presos, para ayuda de los que estuvieran más necesitados.

Efectivamente, llenos de todo género de parásitos, con residuos de comida, a veces incluso con residuos de excremento, los presos no tienen otro sitio en que dormir más que montones de paja. La inmensa mayoría carece de manta y sólo existen quince o veinte jergones de paja. En los tres meses, que allí llevan, ni una sola vez han sido sacados al patio ni a las galerías donde pudieran aerearse. Aducen como razón en el cuartel-prisión, que no hay personal bastante de vigilancia. Como en la cárcel de Oviedo, así también en ésta siguen constantemente bajando a los presos a cuartos donde se les somete a todo género de malos tratos. Tienen las galerías ventanas y como un día uno de los presos se asomara a una de ellas, fué muerto de un balazo. Una información completa de lo que allí ocurre, hubieron de decirme que se la habían entregado por escrito al señor Gordón Ordás, que estuvo hace unos días a visitarles.

Me informaron de un hecho grave, que debimos comprobar: los presos que son puestos en libertad por los jueces, cuando van a sus pueblos, la Guardia Civil los lleva al cuartel, les da una paliza horrible y de nuevo los lleva a la cárcel, a pesar de estar judicialmente libertados; de ellos hay ahí casos.

Con un abrazo a cada uno de ellos e impresionadísimo como no podía menos de acontecer al ver a nuestro amigo Nistal y los otros vivir en un ambiente de primitivismo y mise-

ria como nunca creímos podría existir, salimos de Astorga para tomar el tren de Madrid, que pasaba por León a las doce y media, y llegar a ésta a las ocho de la noche de ayer, día primero de enero....

Al llegar, me visita Lamoneda. Viene de Córdoba y Granada; en Córdoba, donde traté de evitar vejaciones y tormentos, que me avisaron se iban a cometer, acudiendo a autoridades, que creí que tendrían autoridad, se han realizado. Nuestro estimadísimo amigo el doctor Romera ha sido bárbaramente torturado, obrando en nuestro poder certificado médico de las lesiones sufridas; todavía en Montilla se arrancan declaraciones a vergajazos.

En Granada, los agentes de la Comisión de vigilancia dejaron dos horas en el suelo de un patio, víctima de un ataque de corazón, hasta verle morir como a un perro por falta de asistencia, al diputado a las Constituyentes y profesor de primera enseñanza don Juan Carreño Vargas. "¡Ahí tenéis a las Constituyentes!" decía el comisario señor.... señalando al señor Carreño, al ver revolcarse por el dolor, al pobre agonizante....

Fernando de los Ríos.

La Revolución de Octubre en España

Por Luis Araquistain.
Diputado socialista, por Madrid.
(Especial para **"Futuro"**).

I

SUS MOTIVOS INMEDIATOS

El 4 de octubre constituía un nuevo gobierno Lerroux, en el que entraban tres ministros de Acción Popular y el partido agrario católico que capitanea Gil Robles. El día 5 se declaraba la huelga general en toda España. El 6 el gobierno autónomo de Cataluña proclamaba el Estado catalán dentro de la República federal española, es decir, una nueva forma de gobierno republicano en España. El 7 por la mañana se rendía el Estado catalán por capitulación del gobierno autónomo ante las fuerzas del gobierno de Madrid.

La huelga general se prolongó una semana más en casi todo el país. En Asturias la lucha armada entre las fuerzas revolucionarias y las del gobierno continuó durante dos semanas, cesando en la cuenca minera mediante un pacto entre el general López Ochoa, que acaudillaba las tropas gubernamentales, y Belarmino Tomás, en representación de los obreros; pero a la hora de escribir estas líneas —fines de octubre—, todavía quedan en los montes asturianos guerrillas sueltas que se resisten a mano armada.

El número de muertos es por el momento incalculable. Sólo en Oviedo, la capital de Asturias, se acerca al millar la cifra de enterrados o incinerados. En toda Asturias se computan los muertos de dos a tres mil entre revolucionarios, tropas del gobierno y población civil. En el resto del país las pérdidas de vidas han sido mucho menores, pero seguramente se elevan a algunos centenares. Las pérdidas materiales han sido enormes. Sólo las de Asturias, por incendio y bombardeo, se calculan en más de ciento cincuenta millones de pese-

tas. Oviedo es una ciudad literalmente destruída, que recuerda algunas poblaciones belgas y francesas desvastadas por la artillería de los beligerantes en la guerra de 1914—18.

Estos son, en síntesis, los hechos externos de la Revolución de octubre en España. Analicémoslos ahora en su significación interna, trazando la historia de su génesis y de sus características y valorando con la mayor objetividad posible su trascendencia política y social.

Lo que primero sorprende a los no iniciados en el proceso íntimo de este movimiento, es la desproporción entre un hecho al parecer nimio, como la entrada de tres ministros de Acción Popular en el gobierno presidido por Lerroux y la huelga general revolucionaria con que la totalidad del proletariado español protesta contra ese hecho, paralizando toda la vida económica del país y manteniendo la guerra civil en unas cuantas ciudades y provincias. El nombramiento de esos tres ministros era en apariencia perfectamente constitucional. En menos de un año se habían agotado tres gobiernos minoritarios presididos por tres hombres del partido radical, Martínez Barrio —bajo el cual se celebraron las corrompidas elecciones generales de Noviembre de 1933— Lerroux, que dimitió el 25 de Abril, y Samper, que dimitió el 1º de Octubre.

Los partidos que participaban en estos tres gobiernos no tenían mayoría parlamentaria. Para sostenerse necesitaban de los votos de Acción Popular, que no estaba representada en esos gobiernos. ¿Por qué no lo estaba? Porque hasta octubre ni el Presidente de la República, ni la propia Acción Popular habían considerado prudente que este partido entrase a gobernar. La razón era obvia: en las Cortes Constituyentes ese partido —entonces con otro nombre— se había manifestado como francamente antirrepublicano, hostil a todos los artículos de la Constitución y a todas las leyes complementarias. No votó la Constitución cuando fué definitivamente aprobada. Fué revisionista desde el primer momento, y no de estas o las otras disposiciones legales, sino de toda la Constitución republicana. En el fondo aspiraba, por la revisión, a restaurar la monarquía.

A las elecciones de noviembre fué aliado con los partidos monárquicos y sostenido por el dinero monárquico. Su programa no se diferenciaba esencialmente del de los grupos que combatían a rostro descubierto por la restauración de instituciones y oligarquías monárquicas. La inmensa mayoría de sus electores, si no todos, eran monárquicos. Más tarde, para lograr acceso al poder, hizo ambiguas declaraciones de aceptación del régimen republicano; pero esto era falsificar la re-

presentación que había recibido de sus electores. Si quería gobernar como partido republicano, que esperase a las próximas elecciones y que se presentase en ellas con inequívoca bandera republicana: esta era la tesis de los partidos francamente republicanos y del socialista. Sólo uno, el partido radical de Lerroux, se mostraba propicio a admitir en su gobierno a ministros de Acción Popular, lo que determinó la escisión de una veintena de diputados, que formaron partido independiente bajo la jefatura de Martínez Barrio; pero es que a Lerroux, dominado por vanidades y concupiscencias seniles, con tal de gobernar, lo mismo le da la república que la monarquía más o menos disfrazada.

En cuanto al Presidente de la República, al principio de las nuevas Cortes, tampoco parecía dispuesto a autorizar un gobierno con ministros de Acción Popular, por no considerarlos republicanos. Se lo decía a cuantos republicanos frecuentaban su trato. Pero poco a poco dos motivos debieron inducirle a cambiar de actitud. Uno fué la tímida declaración de republicanismo que a la postre se vió forzado a hacer Gil Robles como condición para gobernar; probablemente fué el propio Presidente quien más le persuadió a hacerlo. Con eso se cubrían las formas.

El Sr. Alcalá Zamora, que tiene muy desarrollado su pliegue profesional de jurista, de abogado para quien la letra de la ley está por encima del espíritu, es una mentalidad fundamentalmente conservadora. Su republicanismo es meramente formal. El quisiera que la base de la República se ensanchase de tal manera que todos los españoles la aceptaran, aunque sólo fuese nominalmente. El contenido de la República, las relaciones económicas, políticas y sociales entre unas clases y otras, le interesa de un modo secundario. Católico sincero, su concepción social, fundada en la caridad de los poseedores y en la resignación de los desposeídos, no se distingue sustancialmente del programa político de Acción Popular o de cualquier otro partido católico del mundo. Su ideal sería una República cristiana y misericordiosa con los pobres. Se comprende que la declaración de republicanismo formal y externo de Gil Robles le llenara de contento: ¡se ensanchaban las bases de la República!

Por otra parte —el segundo motivo—, Gil Robles se negaba a seguir sosteniendo más gobiernos minoritarios. Quería participar directamente en el gobierno de la República: había que rematar con propia y dura mano la obra de rectificación que los tres gobiernos anteriores habían hecho a las reformas del bienio republicano-socialista. No era conveniente

esperar, como por un tiempo esperó, a que las próximas elecciones le otorgaran mayoría absoluta. El resultado de una nueva consulta electoral podía serle, al contrario, desastroso. Sus aliados, los partidos monárquicos, estaban altamente descontentos de su confeso republicanismo y de sus concesiones parlamentarias, y si no le daban dinero para otras elecciones, como es lo probable, su partido correría grave peligro. Además los electores, viéndole en guisa republicana, podían fallarle acusándole de traición.

De otro lado, Gil Robles creyó que las izquierdas republicanas y señaladamente los socialistas depondrían su actitud de implacable hostilidad. Se fué haciendo al convencimiento de que las amenazas de desencadenar la revolución, que los socialistas profirieron en el Parlamento en el caso de que Acción Popular participase en el Gobierno, no se cumplirían.

Todos se resignarían a lo inevitable y consumado. A lo sumo habría una huelga general de protesta de veinticuatro horas. Ese convencimiento lo expresaba en un editorial El Debate —órgano de Gil Robles, acaso autor de ese artículo— del día 3 de octubre: no habría revolución, no ocurriría nada.

También estaba convencido de ello el Presidente de la República. Dos días antes de constituirse el gobierno Lerroux, un banquero de Madrid fué a decirle que estaba seguro de que la entrada de Acción Popular en el gobierno sería la señal de la revolución. "¿Quienes la harán? —replicó con una sonrisa el Presidente.— ¿Los socialistas? Esos no hacen revoluciones".

Era llegada, pues, la hora de gobernar. O gobernaba Acción Popular o se disolvían las Cortes; no más gobiernos minoritarios. El Presidente deseaba prolongar estas Cortes lo más posible. La Constitución no le autoriza a disolver el Parlamento más que dos veces durante su mandato. Este mandato es por seis años; aún le faltan tres. Ya disolvió unas Cortes, las constituyentes. Las próximas o terceras de la República no podrá disolverlas; se comprende, por lo tanto, que quiera conservar su última prerrogativa de disolución dilatando la vida de las actuales.

Además las próximas Cortes podrían destituirle: bastaría que lo propusiesen las tres quintas partes de los diputados. ¿Teme el señor Alcalá Zamora una destitución? No sería extraño. La disolución prematura de las Cortes Constituyentes y su conducta con los hombres y partidos que han gobernado en la República le han enajenado por completo las simpatías con que fué elegido casi unánimemente. Su política presidencial ha tendido a desmembrar los grandes partidos de izquierda y a apartar de la gobernación a los hombres más emi-

nentes de la República, encumbrando en cambio a los mediocres e ineptos. Ha fomentado las escisiones y ha impuesto gobiernos de verdaderas nulidades, como el del señor Samper.

El señor Alcalá Zamora se nos ha revelado como un ultrapresidencialista. Su ideal sería que todos los ministros estuvieran designados por él, como secretarios de despacho, y que no pertenecieran a ningún partido, o a partidos insignificantes. Repetidas veces ha intentado inútilmente formar gobiernos presididos por hombres que ni siquiera eran diputados. En los últimos gobiernos ha habido varios ministros que tampoco eran diputados y cuyo nombramiento provenía solo de su amistad con el Presidente. Ni en tiempo de Alfonso XIII el factor de la simpatía o antipatía personales ha desempeñado un papel tan descisivo en la política española. Esta extraña psicología del Presidente, en que una desmedida ambición de poder personal se mezcla con un fuerte y comprobado complejo de inferioridad —en que acaso el ansia de dominio sirve de compensación a un sentimiento de la propia pequeñez—, es uno de los motivos principales, tal vez el dominante en la ya accidentada historia de la República española. Con ser grande la responsabilidad de Acción Popular en el movimiento revolucionario de octubre, es mayor la que corresponde al Presidente por haber abierto las puertas del Gobierno, contra el espíritu de la Constitución, a un partido cuya fuerza parlamentaria procede de los electores monárquicos; esto es acabar con el contenido social y laico de la República y a la postre con la República misma, con la autonomía de Cataluña y con las organizaciones obreras de inspiración marxista.

Pero esto es el fascismo sin disfraz, adaptado a las realidades españolas. Los tres gobiernos minoritarios anteriores sustentados en el Parlamento por Acción Popular, eran la preparación del fascismo, medio fascismo. La participación directa de Acción Popular en el poder era dos tercios de fascismo. La próxima etapa sería eliminar definitivamente a Lerroux, como antes habían eliminado a Martínez Barrio, y ejercer plenamente el poder, con el parlamento o sin el parlamento, con la connivencia y complicidad del Presidente —como Miklas con Dollfuss y luego con sus sucesores en Austria— o contra el Presidente: el fascismo completo. Un fascismo apoyado especialmente en la propiedad territorial, en la Iglesia católica y en el ejército; más parecido al de Austria y Portugal que al de Italia y Alemania.

Frente a ese suave deslizamiento, aparentemente legal y largamente meditado, del fascismo en los mandos de la República, se levantaron el 5 de octubre las fuerzas políticas y

sociales que se veían amenazadas por los indicios de una dictadura: los partidos republicanos de oposición, el gobierno de Cataluña y las organizaciones obreras de tendencia marxista, sindicalista y anarquista. Este levantamiento no era un secreto para nadie, excepto para el Presidente de la República y para los partidos que forman el gobierno Lerroux.. Lo había anunciado la minoría socialista en el Parlamento. Lo publicaba a diario la prensa socialista. Era el tema obligado de los mítines obreros.

En realidad la revolución comenzó a gestarse en las últimas elecciones, de fines de 1933, a la vista de los procedimientos de coacción y corrupción que se emplearon para falsificar la voluntad nacional, y si no estalló en el momento, fué porque nadie esperaba que el Presidente entregase el gobierno a un antiguo partido monárquico de expresa ideología fascista. Sin embargo, ya a raíz de las elecciones, escribiendo sobre sus resultados en la revista Foreign Affairs, de Nueva York, pude hacer esta fácil profecía: "Pero si hay dictadura, habrá revolución". En rigor ha habido revolución antes de que la dictadura se haya manifestado con toda firmeza, antes de que arraigara en el poder. Ha sido una revolución preventiva, inspirada, sobre todo, en los fatales ejemplos del socialismo alemán vencido sin lucha, y del socialismo austriaco, vencido en una lucha tardía. ¿Ha habido precipitación en la revolución española? Sofocada de momento, ¿habrá sido baldía? El tiempo lo dirá. Ahora sería prematuro hacer profecías. Pero no será inoportuno estudiar sus características y su potencialidad histórica.

II

SU GENESIS Y SUS CARACTERISTICAS

La intervención de los partidos republicanos oposicionistas en el movimiento revolucionario de octubre, fué puramente platónica. Los cuatro grupos republicanos que presiden Azaña —a la sazón en Barcelona—, Martínez Barrio, Sánchez Román y Miguel Maura se limitaron a publicar unas notas en que rompían su solidaridad con el régimen al verlo entregado a las derechas y especialmente a Acción Popular. Son partidos sin masas, representantes de minúsculos sectores de la pequeña burguesía. Su propósito no pasaba, a lo sumo, de retirarse del parlamento. Pero aún esto es probable que algunos lo rectifiquen. (1). Y si el Presidente de la República los

(1)—Lo han rectificado después.

invitara a formar un gobierno que liquide la revolución y convoque a nuevas elecciones, no sería extraño que todos o casi todos respondieran afirmativamente, a pesar de su ruptura con el régimen, que no hay que tomar sino como un mal humor de circunstancias. Una revolución a fondo, ni la quieren ni podrían hacerla.

El caso de la Esquerra catalana, partido que desde la instauración de la República monopolizaba el gobierno de Cataluña, es distinto. Su rebelión contra el Estado central consistió, como queda dicho, en proclamar la República Federal en España y dentro de ella el Estado catalán. Este acto, sin embargo, no fué sostenido por las armas, no obstante el copioso armamento y las nutridas milicias, llamadas de los **escamots** —que, quiere decir el que está alerta o vigilante—, de que disponía el gobierno de la Generalidad de Cataluña, sin contar las fuerzas de policía. Este armamento constaba de cincuenta mil a cien mil fusiles, de ametralladoras, de carros blindados. Existía un plan completo para dar la batalla a las fuerzas adictas al Gobierno, que eran poco más de un millar de hombres. Pero la batalla quedó inédita. Bastaron unos cañonazos de las tropas del general Batet, comandante del ejército gubernamental, contra el edificio de la Generalidad, para que ésta se rindiera a las pocas horas de la sublevación. ¿Qué había ocurrido? Para comprender el formidable derrumbamiento del Gobierno catalán, que muchos creían un castillo de roca y sólo resultó ser un castillo de naipes, es preciso recordar algunos antecedentes.

El partido de la Esquerra se apoyaba en dos fuerzas sociales: los **rabassaires** o pequeños agricultores de Cataluña y los sindicalistas de las ciudades, señaladamente de Barcelona. (La palabra **rabassaires** significa originariamente los que hacían el contrato de arriendo de la **rabassa morta**, de la vid muerta, o sea por el tiempo que vivían las cepas de los viñedos). Luis Companys, Presidente del Gobierno de la Generalidad, era el jefe político de los **rabassaires** y al propio tiempo había sido en tiempos de la dictadura militar uno de los abogados principales de los sindicalistas perseguidos.

Implantada la autonomía de Cataluña, uno de los primeros actos del Gobierno y del Parlamento catalanes fué aprobar la llamada Ley de Cultivos. Esta ley consistía, en síntesis, en desmembrar la gran propiedad territorial, cuyos orígenes se remontaban a la Edad Media, en favor de los agricultores que la trabajaban desde antiguo en arriendo, dándoles facilidades para adquirir por compra las pequeñas parcelas que habían

fecundado con muchos años de labor dura y tenaz. La ley era bien poco revolucionaria y desde luego nada socialista, puesto que tendía a aumentar el número de nuevos propietarios. Pero los actuales, representados por el partido de la Liga Regionalista, órgano de la plutocracia catalana en todas sus manifestaciones, pusieron el grito en el cielo y obligaron al gobierno de Madrid a presentar contra esa ley recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal de Garantías Constitucionales.

Este Tribunal, formado en su mayor parte por gentes de la derecha, hostiles a la autonomía de Cataluña y a su tendencia laica y social, declaró inconstitucional la ley de Cultivos. El Parlamento catalán desacató esta decisión y el Gobierno Samper, en vez de hacerla cumplir, emprendió unas laboriosas negociaciones con el gobierno de la Generalidad para buscar una fórmula que salvase el fallo del Tribunal de Garantías y al propio tiempo dejase en pie, con ligeras modificaciones, la ley de Cultivos. Esta política de conciliación disgustó profundamente a los partidos de la derecha y especialmente a Acción Popular, que querían la anulación de la ley agraria catalana. Estaban disgustados además porque el gobierno central había traspasado a la Generalidad los servicios del orden público en Cataluña y porque el gobierno catalán había querido destituir algunos jueces que, a su juicio, no aplicaban en territorio catalán con la debida lealtad, las leyes de la región autónoma. Este disgusto fué lo que motivó la caída del Gabinete Samper. Al saber que Acción Popular formaba parte del gobierno Lerroux, los catalanes dieron por seguro que ese gobierno acabaría con la ley de Cultivos y con las facultades más vitales concedidas por la Constitución a Cataluña. Era, otra vez, el triunfo del centralismo tradicional contra el autonomismo. Frente a ese centralismo, que retornaba de la caída monarquía, se levantó el Gobierno de la Generalidad.

Dentro del gobierno catalán había dos tendencias. Una minoría separatista que no se contentaba con menos que con la independencia de Cataluña, y la mayoría, representada por Companys, que abogaba por el statu quo. La transacción fué proclamar el Estado catalán dentro de la República Federal Española. La minoría extremista era partidaria de emplear la fuerza en defensa del nuevo Estado federal; pero la mayoría se opuso a la lucha armada y decidió capitular sin resistencia. ¿Por qué? Vamos a explicarlo.

Los rabassaires, que hubieran podido acudir en ayuda de la Generalidad, no estaban armados. Tampoco se los podía

armar de la noche a la mañana. En todo caso, aun pudiendo armarlos rápidamente, una guerra civil de tipo campesino hubiera tenido pocas probabilidades de éxito si la huelga general no derribaba al gobierno de Madrid. Este gobierno había resistido a los primeros ataques de la huelga. Por otra parte, el gobierno de Cataluña temía tal vez, que una insurrección rural fuese desbordada por los elementos más radicales, por los campesinos más pobres, imbuidos de doctrinas socialistas, transformándola en revolución social.

Tal temor fué también el motivo determinante de que la Generalidad renunciase a la lucha armada en Barcelona. Los escamots, fieles a la Esquerra, podían ser arrollados por socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas, que ya estaban en franca pugna con el gobierno de la Generalidad y el partido que la apoyaba. En los últimos meses hubo numerosas huelgas, lo que probaba que el proletariado de las ciudades, desengañado del gobierno de la Generalidad, que ya se inclinaba a servir francamente a la burguesía, volvía a su vieja táctica de la acción directa.

Por otra parte, el lenguaje de muchos hombres de la Esquerra hería a diario al proletariado urbano. La mayoría de este proletariado procede de otras provincias españolas, preponderantemente de las del Sur de España, y, sobre todo, de una: Murcia. El **murcianismo** es una palabra despectiva con que los nacionalistas catalanes más extremados designan a esa masa obrera y los métodos de lucha sindical que emplean. Vocablo peyorativo; con él se ofende de continuo a todos los obreros no catalanes, lanzándoles al rostro ese reproche de extranjería, que equivale a considerarlos como indeseables. Este factor psicológico y la desviación de la Generalidad hacia una política poco o nada favorable a los grandes núcleos obreros que al advenimiento de la República habían contribuído con sus votos a elevar la Esquerra al gobierno de Cataluña, explican la actitud de desengaño y resentimiento del proletariado barcelonés frente a ese partido.

Al sublevarse la Generalidad contra el gobierno central, la Alianza obrera —compuesta de socialistas, comunistas y en parte de anarcosindicalistas— se echó a la calle pidiendo armas para defender la insurrección. Pero no sólo no se las dieron, sino que esa irrupción insurreccional del proletariado debió intimidar a la Generalidad tanto como los cañonazos del general Batet. El gobierno de Cataluña se sentía hallarse entre dos fuegos: los del gobierno de Madrid y los de la revolución social en potencia y en inminencia de actualizarse. La sospecha de esto último no era infundada. En octubre de

1934 el proletariado catalán, de haber dispuesto de armas, no se hubiera limitado a defender la República del 14 de abril de 1931 y mucho menos su representación en Cataluña. Pero no estaba armado. Por eso fracasó allí la revolución, porque los que estaban decididos a sostenerla carecían de armas, y los que tenían armas se espantaron de las posibles consecuencias de la revolución.

Una vez más se comprobó lo que frecuentemente ha demostrado la historia: que un partido de la pequeña burguesía, situado entre las fuerzas de la alta burguesía, que dominan el Estado, y la masa obrera con conciencia autónoma de clase, carece de eficacia revolucionaria y se rinde siempre al bando más fuerte. Hoy se ha rendido al Estado central; mañana se rendiría al proletariado si éste venciera. Esa ha sido la tragedia de la Esquerra catalana: su miedo a la lucha, es decir su impotencia. Es la misma tragedia de todos los partidos liberales y democráticos de tipo centrista que, colocados entre los diversos matices del fascismo y el marxismo, quisieran mantenerse fuera o por encima de la gran lucha histórica: fatalmente los absorberán o destruirán los dos bandos contendientes.

El verdadero protagonista de la revolución de octubre fué la clase obrera. Si se exceptúan los sindicalistas y los anarquistas, que siempre fueron organizaciones revolucionarias —en poco más de dos años se levantaron en armas cuatro veces contra la República—, y el resto del proletariado español, adscrito en su mayoría a la Segunda Internacional, había venido practicando hasta ahora la táctica parlamentaria o evolutiva. Dos veces, ciertamente, había ensayado la huelga general de tipo político: en agosto de 1917 y en diciembre de 1930. La primera, salvo violencias aisladas, fué pacífica. La segunda quedó frustrada por la tibieza de los dirigentes sindicales. Los directores del partido socialista y de la Unión General de Trabajadores, que siempre han ido de acuerdo, no creían en la eficacia de la insurrección armada. En el Congreso que el partido socialista y la Unión General celebraron en 1933 hubo un cambio de dirección y de táctica. ¿Por qué?.

Uno de los motivos que más influyeron en este cambio fué el aniquilamiento del partido socialista alemán a principios de 1933. Era la bancarrota del evolucionismo democrático. Contra lo que se había pensado, el fascismo significaba mucho más que una simple peculiaridad italiana. Por primera vez se reconocían sus rasgos universales. El fascismo, como luego ha dicho el publicista francés Rosenstock —Franck **L'economie comparative fasciste en doctrine et en fait**—,

representaba la socialización de las pérdidas del capital. Para aliviar la crisis económica había que reducir los salarios y prohibir las huelgas. Consiguientemente, había que suprimir —era el método más sencillo y radical— las organizaciones fundadas en la lucha de clases.

Los socialistas españoles tuvieron ya en 1933 la intuición de que el fascismo trataría de imponerse en todos los países y también, por lo tanto, en España. La propaganda de los partidos de la derecha en las elecciones de noviembre confirmaba este presentimiento. Declaraban sin embozo esos partidos, que su propósito si vencían en las urnas electorales, no se limitaría a someter en el parlamento a los socialistas, sino a destruir su fuerza política y sindical en todo el país, barriendo por la fuerza sus organizaciones. La amenaza se ha ido cumpliendo. Los gobiernos minoritarios, manejados a su antojo por los partidos de la derecha, fueron destituyendo todos los Ayuntamientos donde había mayoría socialista. Se clausuraron numerosas casas del pueblo de filiación socialista. Se persiguió, con saña sin precedentes ni en la monarquía, a la prensa socialista, multándola con sumas enormes y recogiendo casi a diario sus tiradas. Ultimamente, con el pretexto de un contrabando de armas y el hallazgo por la policía de unas pistolas y bombas en la Casa del Pueblo de Madrid —guardadas allí para defenderse de un problable ataque de las falanges fascistas—, se pidió la disolución de gran número de sociedades obreras; los tribunales de justicia han fallado posteriormente en ese sentido. Se cumplía el programa de Acción Popular y otros partidos afines.

Ante esos hechos y al ver cómo se deshacía ó burlaba la modesta legislación de la República; obstaculizando la reforma agraria; consintiendo que las órdenes religiosas siguieran con sus colegios de enseñanza, contra lo que dispone la Constitución; restaurando en el campo los jornales de hambre; amnistiando a todos los monárquicos y permitiéndoles reingresar en el servicio del Estado republicano; restableciendo otra vez un presupuesto del Estado para el clero, lo que también era inconstitucional; a la vista de todo eso, ya realizado y de lo que se preparaba, la desilución del proletariado en la República, a los tres años de instaurada, no tuvo límites. Porque todo eso y lo que seguramente había de venir como complemento era el fascismo, no franco y rudo, de abajo arriba, de la calle al poder, como el de Italia y Alemania, sino astuto y soslayado, como el de Portugal y Austria y otros países donde influye poderosamente el Vaticano.

La lucha era inevitable, incluso sin posibilidades de victoria. La insurrección austriaca en febrero de 1934, lejos de amilanar al proletariado español, le encendió de entusiasmo. La consigna fué esa: antes caer vencidos como en Austria que ser pulverizados sin lucha como en Alemania; las derrotas heroicas son siempre fecundas; la historia está tejida de etapas dolorosas, de fracasos momentáneos, que preparan, y sólo ellos hacen posible el triunfo de mañana; se recordaba la revolución rusa de 1905, sin la cual, tal vez, no hubiera sido posible la de 1917.

Este espíritu de combate había prendido, sobre todo, en las juventudes obreras, muy saturadas de propaganda comunista y especialmente trotskista, incluso en las afectas al socialismo. Puede decirse que la revolución ha sido obra de las juventudes proletarias. La mayoría de los líderes adultos o se apartaron del movimiento o fueron a remolque de los jóvenes, con poca fe y decisión. Ha habido excepciones magníficas, que ahora no sería discreto nombrar, porque los jueces andan todavía afanosos buscando un comité central o altas responsabilidades personales sobre quienes se descarguen las iras de la ley y de una sociedad empavorecida. Cuando se puedan conocer todos los detalles de esta extensa y honda insurrección, se verá que las juventudes obreras, ellas solas, la hubieran desencadenado aun contra la voluntad de los dirigentes sindicales. Ha sido un movimiento incontrastable, de abajo arriba, de una masa que no estaba dispuesta a dejar pasar sin batalla al fascismo. La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo, que si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarcosindicalista. Ese proletariado, hasta ahora pacífico, exigía el bautismo del fuego como el comienzo de una nueva actitud histórica.

Ejército bisoño en este linaje de luchas, la huelga adoleció de los defectos que caracterizan a toda fuerza no fogueada y poco preparada técnicamente. Una revolución moderna, si quiere triunfar, ha de planearse como una guerra: otra cosa es mero blanquismo o motín sin consecuencias. Una revolución necesita, no sólo de directores políticos, sino también de directores militares. En la española han faltado. Y si los había, ¿por qué no participaron en el movimiento? Tampoco sería oportuno ahora y aquí dilucidarlo. El hecho es que faltó esa dirección. De allí su debilidad técnica hasta en las zonas donde fué más intensa, como Asturias, León y el País vasco. Los revolucionarios de

esas provincias, mineros en su mayoría, apenas combatieron más que con dinamita, en cuyo manejo eran maestros. Los asturianos disponían de fusiles y cañones, pero conocían mal su funcionamiento y carecían de municiones abundantes. En sus objetivos y en sus movimientos de masas cometieron grandes errores, que bajo la dirección de unos cuantos oficiales del ejército se hubieran evitado fácilmente, poniendo en grave aprieto a las tropas del Gobierno.

La insurrección se polarizó en las montañas mineras del Norte. La favorecía el terreno abrupto de esas regiones y el carácter viril de esas razas cantábricas, doblemente endurecidas por el medio natural y por el trabajo ciclópeo de las minas de carbón y hierro. En las ciudades fué menos intensa, por estar mejor defendidas y ser más difícil la concentración de grandes masas armadas. En Madrid, donde pude comprobarlo, salvo dos o tres tentativas de asalto a algunos cuarteles, la lucha se sostuvo entre la fuerza pública que estaba en las calles y los revolucionarios que disparaban desde las terrazas y los balcones. Esta táctica parece inútil, pero no hay duda que, prolongada, acaba agotando los nervios de la fuerza pública; a los tres días los guardias de asalto estaban moralmente deshechos por la hostilización de un enemigo invisible.

La sorpresa de la huelga en sentido negativo fué el campo. La Castilla central, Extremadura, Andalucía, el Levante, Aragón, respondieron a la huelga, pero con poca o ninguna violencia. A dos motivos hay que atribuir esta relativa defección revolucionaria. Uno fué la desilusión y el resentimiento que en el ánimo del proletariado campesino dejó la huelga general que la pasada primavera organizó en toda España la Federación de la Tierra, perteneciente a la Unión General de Trabajadores. Los dirigentes de la Unión General y del partido socialista no prestaron a esa huelga el apoyo moral y material que los campesinos esperaban, por considerarla inoportuna e ineficaz, como así ocurrió. Sin el concurso de los otros sindicatos, la huelga se desmoronó rápidamente, debilitando a la Federación de la Tierra y sembrando el abatimiento en los campesinos, que se creyeron abandonados. Ese estado de espíritu explica la tibieza insurreccional con que tomaron parte en la huelga de octubre: para ellos era demasiado tarde, del mismo modo que su huelga de la primavera había sido prematura y mal aconsejada para el resto de los sindicatos.

Otro motivo fué la insolidaridad de anarquistas y sindicalistas en las provincias, donde cuentan con importante fuerza

propia. No evitaron que la huelga fuera general, pero no quisieron imprimirle carácter revolucionario. También en esta actitud pacífica hay una raíz de resentimiento: era la represalia o respuesta que se daba a las organizaciones socialistas por no haberse sumado éstas a ninguno de los cuatro levantamientos armados que durante la República había promovido el anarcosindicalismo. Al propio tiempo hay que tener en cuenta que los dirigentes sindicalistas y anarquistas no podían contemplar con buenos ojos el cambio de táctica de los sindicatos socialistas, por temor de que éstos arrastrasen a sus masas, como ya está ocurriendo.

Sólo en el Norte hubo unidad de acción entre todos los sectores obreros —socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas—, otro motivo, además de los indicados, que explica la extraordinaria intensidad de la insurrección en esas regiones y la variedad de caracteres con que se definió en los pueblos donde dominaron, singularmente en Asturias. En unos se abolió la moneda y se proclamó el comunismo libertario, dos rasgos típicamente anarquistas. En otros se instauró el Soviet, hecho notoriamente comunista. En los más predominaron los socialistas, que supeditaban su triunfo local, claro es, a la suerte del Estado central; pero vencida Cataluña y contenida la insurrección en Madrid y en la mayor parte de las provincias, el desenlace de la lucha en Asturias estaba previsto; el dominio de la rebelión era cuestión de tiempo.

Sin embargo, no es de presumir que el gobierno ni los partidos que le apoyan estén satisfechos de su victoria, que mucho nos equivocamos o será una de las victorias más pírricas que ha tenido ningún gobierno. En primer término, porque habiendo sido en conjunto bastante débil la insurrección, por las razones apuntadas, se puso de manifiesto también la enorme debilidad del Estado. La guardia civil —a pesar de su probado valor y su férrea disciplina— fué arrollada en casi todas partes donde hubo lucha en el campo. Los guardias de asalto no hubieran podido resistir ocho días de tiroteo en las ciudades. Pero la gran debilidad del Estado se reveló en el temor de hacer uso del ejército, salvo pequeños contingentes en Asturias y en Cataluña contra la Generalidad. Como la lealtad de la mayoría de los soldados de filas y de una buena parte de los suboficiales a un Gobierno como el de Lerroux era por lo menos dudosa, preventivamente se le retuvo en los cuarteles; ni siquiera se intentó apenas emplearlos en los servicios de transportes y otros públicos.

La represión corrió a cargo de tropas mercenarias traídas de Africa, del Tercio —originariamente formado por ex-

tranjeros, aunque ahora está limitado su número— y de Regulares, o sea soldados marroquíes al servicio de España. La ferocidad de estas dos fuerzas es proverbial. Pues a ellas hubo de recurrir el gobierno para sofocar la insurrección en Asturias. Los moros no pudieron llegar a esta región durante los siglos VIII al XV en que invadieron y dominaron en España, y fué precisamente en un lugar de los montes asturianos, en Covadonga, donde se inició la reconquista. Ahora entraron por mar en Asturias, llamados por los antiguos cristianos y a sueldo de la República para combatir a los nuevos infieles: los mineros revolucionarios. Este hecho sin ejemplo en la historia de ningún país, ha escandalizado incluso a muchas víctimas de la revolución. Las atrocidades cometidas por el Tercio y los Regulares, no sólo durante la lucha, sino después del armisticio, escandalizarán al mundo cuando se conozcan. Rara vez ha sido tan brutal el terror ejercido por un gobierno. Los tradicionalistas se han quejado siempre de la leyenda negra que los extranjeros habían tejido sobre España; pues frente a estos hechos, ya no ignorados, todas las leyendas negras son pálidas.

Y el terror tampoco aterra. Mata a unos; pero los supervivientes, lejos de intimidarse, crispan los puños de ira y esconden el fusil para mañana. "Hoy nos han vencido; otra vez será", dicen los fugitivos. El valor y el espíritu de combate de estas gentes son infinitos. "Con estos hombres —aludiendo a los revolucionarios—, yo conquisto Europa", declaraba, según una anécdota, un oficial de las tropas gubernamentales, poseído de irrefrenable entusiasmo ante la resistencia. Con hombres así se puede conquistar todo, menos a ellos mismos. Ahora quieren desarmarlos; pero las armas más fuertes las llevan en su conciencia de visionarios indomables. La guerra civil sigue en pie. Todos lo dicen: la deposición de las armas es sólo una tregua.

Las guerras civiles españolas del siglo XIX fueron luchas sangrientas de unas oligarqquías contra otras; esta de ahora es la guerra del proletariado contra todas las oligarquías, contra las antiguas monárquicas y contra los nuevos republicanos, unidas por el común denominador del fascismo. Las derechas no han querido que en España hubiera una moderada República liberal y democrática; la réplica ha sido la revolución de octubre. Una revolución que ha empezado,

pero que no se sabe cuándo ni cómo terminará. Para una solución media, para una restauración de la República del 14 de abril, probablemente es ya demasiado tarde.

Luis Araquistáin

La Insurrección en Cataluña[1]

Por Joaquín Maurín,
Líder del "Bloque Obrero y Campesino de Cataluña".

(Especial para **Futuro**).

El punto más importante del movimiento de protesta es Cataluña. Por una doble razón. Porque allí hay una mayor masa obrera. Y porque —en estas circunstancias ocupa el primer lugar— el Gobierno de la región autónoma, la Generalidad, se encuentra atacado al mismo tiempo que la clase trabajadora. El Gobierno Lerroux-Gil Robles que acaba de formarse tiene como objetivo inmediato aplastar a los obreros y liquidar las libertades de Cataluña. La ofensiva reaccionaria se dirige contra el movimiento obrero y contra la pequeña burguesía catalana.

La Generalidad ha visto durante la etapa del Gobierno Samper cómo se iba estrechando el círculo de hierro, cómo iba siendo asfixiada. La nueva situación acabará con ella. Lo que Primo de Rivera fué para la Mancomunidad de Prat de la Riba, Gil Robles lo será para la Generalidad de Maciá. La Generalidad ha sido condenada a morir violentamente o a una agonía lenta y deshonrosa.

La clase trabajadora de Cataluña está constantemente en estado de alerta. Sabe que la situación es grave.

El martes 2 de octubre, la Alianza Obrera publica en la prensa un manifiesto poniendo en guardia a todos los trabajadores e intenta celebrar por la tarde una manifestación, en Barcelona. Dendás la disuelve por medio de los guardias de asalto y se incauta como trofeo de las banderas de los manifestantes.

El jueves 4, por la noche, la Alianza Obrera celebra una reunión a la que asisten delegados de toda Cataluña. Se mani-

(1)—Del libro inédito: "Hacia la Segunda Revolución".

fiesta la firme decisión de resistir y de atacar. Hay optimismo, sin que se pierda la serenidad. La Alianza Obrera examina la situación fríamente, objetivamente, razonando así:

—El Gobierno de Lerroux-Gil Robles es un desafío descarado a la clase trabajadora y una provocación evidente a Cataluña. La simultaneidad de este doble ataque hace que el movimiento obrero y la Generalidad se encuentren, accidentalmente, situados en un mismo plano. Si la Generalidad quiere existir tiene que defenderse, o mejor dicho: atacar. Y al realizarlo, coincide con los obreros y campesinos no sólo de Cataluña, sino de toda España. Por la lógica de los acontecimientos, la clase trabajadora, la Generalidad y la pequeña burguesía se encuentran impulsadas a una misma acción. Si bien es cierto que un movimiento insurreccional exclusivo de la clase trabajadora, no podría triunfar, en Cataluña, porque no están cumplidas las premisas fundamentales, si se produce, transitoriamente, un bloque revolucionario de obreros, campesinos, y pequeña burguesía con su Gobierno de la Generalidad, la insurrección tiene la seguridad casi absoluta de triunfar porque la Generalidad cuenta con una organización militar: 3,000 policías armados, en Barcelona, y, además las milicias de la Esquerra, los "escamots" cuyo número, en Barcelona, es de unos 7,000 abundantemente provistos de material. La parte técnica está asegurada. Es la dualidad de Poderes lo que determina la ventaja revolucionaria del momento actual. El movimiento insurreccional en Cataluña tendrá un triple aspecto: obrero, campesino y de liberación nacional. Las masas obreras, campesinas y pequeña burguesía coincidirán en un esfuerzo común y serán invencibles. La insurrección, triunfante en Cataluña, no aparecerá ante las masas populares de la Península como un movimiento separatista, sino como una sublevación libertadora con la que simpatizarán en seguida todos los obreros y campesinos de las ciudades y de las aldeas. El levantamiento irá produciéndose al mismo tiempo fuera de Cataluña, iniciándose una nueva fase en nuestra Revolución. La Generalidad tiene en sus manos, pues, la posibilidad de hacer que la contrarrevolución quede estrellada. El éxito o el fracaso depende de la Generalidad a quien se le presenta el siguiente dilema: rebelarse y luchar hasta vencer, o someterse y ser triturada en unas horas o en unos días. La Generalidad pequeña burguesa y con ella el Estatuto de Cataluña sólo tienen una perspectiva de salvación: ponerse a marchar hacia adelante con todas las consecuencias. Es muy probable que la Generalidad tema las derivaciones que pueda adquirir el movimiento insurreccional, que la pequeña burguesía desconfíe de las masas

trabajadoras. Hay que procurar en lo posible que este temor no surja, para lo cual el movimiento obrero se colocará al lado de la Generalidad para presionarla y prometerle ayuda sin ponerse delante de ella, sin aventajarla, en los primeros momentos. Lo que interesa es que la insurrección comience y que la pequeña burguesía con sus fuerzas armadas no tenga tiempo para retroceder. Después ya veremos.

Es así cómo discurrían los órganos directivos de la Alianza Obrera, la noche del jueves 4 de octubre.

La Alianza Obrera se entrevista con la Generalidad. El Consejo del Gobierno de Cataluña interrumpe momentáneamente sus deliberaciones para recibir la delegación obrera.

La Alianza Obrera dice sin rodeos:

—La formación del Gobierno reaccionario de Lerroux-Gil Robles constituye un ataque a fondo contra Cataluña, contra el movimiento obrero y contra los campesinos. Nuestras organizaciones, reunidas en Asamblea deliberante, han acordado ir mañana —o mejor dicho, hoy viernes—, a la huelga general que, seguramente, no quedará limitada a Cataluña, sino que se extenderá a todo el país. La huelga que la Alianza Obrera de Cataluña declara no debe, no puede ser considerada como una acción contra la Generalidad. Va dirigida contra el Gobierno de Madrid y a favor de Cataluña, como consecuencia. Ahora los intereses políticos y morales de la Generalidad y los de la Alianza Obrera coinciden. Este es nuestro pensamiento y estos nuestros propósitos. ¿Qué es lo que piensa la Generalidad?

La Generalidad no piensa de una manera resuelta, segura. La Generalidad duda, vacila. No sabe lo que ocurre ni lo que sucederá fuera de Cataluña. Hay que obrar con mucho tacto, con gran cautela, puesto que nos lo jugamos todo a una carta. Es innegable que el Gobierno que acaba de formarse constituye no sólo una ofensa, sino el propósito deliberado de destruír las libertades de Cataluña. Sin embargo, precisa una extremada prudencia. ¿Qué hacen las izquierdas españolas? ¿Por qué no se mueven? ¿Qué hacen los nacionalistas vascos? ¿Por qué reculan? ¿Qué hacen los socialistas? ¿Por qué no nos han comunicado sus intenciones? Mañana probablemente será posible ver más claro. No nos opondremos a la huelga. Los obreros tienen perfecto derecho a protestar. Es justo, además. Mañana nos veremos de nuevo y quizá sepamos ya a qué atenernos.

En el Salón San Jorge hay pequeños grupos que olfatean un ascenso posible. En el Patio de los Naranjos, más grupos que husmean. El mozo de Escuadra que abre la puerta, mira

con ojos que destellan inquietud. Sobre el Palacio de la Generalidad la madrugada del viernes 5 se alza, simbólicamente, la hoz de los "Segadors" como un enorme signo de interrogación.

Una huelga general en Barcelona es una cosa imponente. Cuando es completa afluyendo de Sans, Pueblo Nuevo, Clot, Gracia, San Andrés al centro, a las Ramblas, al Paseo de Gracia, a la Plaza de Cataluña, a la Plaza de la Universidad, a las Rondas, constituye un espectáculo impresionante. En medio del silencio, los hilos invisibles aportan el rumor de las grandes masas puestas en acción. Es siempre el preludio de una explosión formidable. Se recuerdan las huelgas generales de 1903, 1909, 1917, la de 1919, conocida por la de la "Canadiense", las de octubre y diciembre de 1930. Paralizar totalmente la ciudad tiene que ser respondiendo a un estado de emoción colectiva.

Hasta el 5 de octubre de 1934 —el 13 de marzo hubo huelga general en Cataluña, con la excepción de Barcelona—, sólo los anarquistas habían podido detener en las horas decisivas la vida en la gran urbe mediterránea. El 5 de octubre, estalla la huelga general sin el permiso y aun contra la voluntad de los anarquistas. Conviene guardar en la memoria esta fecha y este acontecimiento.

La huelga se generaliza durante el curso de la mañana. Tranvías, comercios, fábricas, talleres, taxis, bancos, oficinas todo va siendo absorbido por el remolino que provoca una orden terminante de la Alianza Obrera. ¡Huelga general!

Los anarquistas que hasta entonces se habían creído los poseedores únicos de la patente para declarar la huelga general, se indignan y se empeñan en querer seguir trabajando. Imposible. La huelga corre y lo devora todo. Es irresistible. Pára el volante, pára la correa de transmisión, pára la máquina. Pára la ciudad.

El burgués, aterrado, entra en casa, corre el cerrojo de la puerta, baja los estores de las ventanas y da vuelta al botón de la radio, aguardando, impaciente, la emisión de noticias. El anarquista, enfurecido, se dispone a ir al bar para discutir con sus camaradas. El bar está cerrado. ¡Huelga General!

La huelga, como una mancha de aceite, se extiende por las comarcas de Cataluña. Surge en todas partes de una manera inesperada, casi espontáneamente. Por doquier los obreros abandonan el trabajo y, raudos, se preparan para trabajar de otro modo. La huelga no es más que la periferia de la acción. Más adentro hay algo nuevo que exigirá derroches de energía. Los campesinos hacen un alto y detienen el im-

¡HE AQUI ALGUNAS PRUEBAS OBJETIVAS!

(Relación de las fotografías de las páginas siguientes)

1.—Xavier Bueno, director del periódico socialista ''Avance'' de la ciudad de Oviedo, torturado durante su encarcelamiento en Asturias. Hasta estos momentos continúa en la cárcel.

2.—He aquí de cuerpo entero ''un ángel de la paz y benemérito defensor del orden y de la moral''. Es un soldado del Tercio Extranjero con su botín.

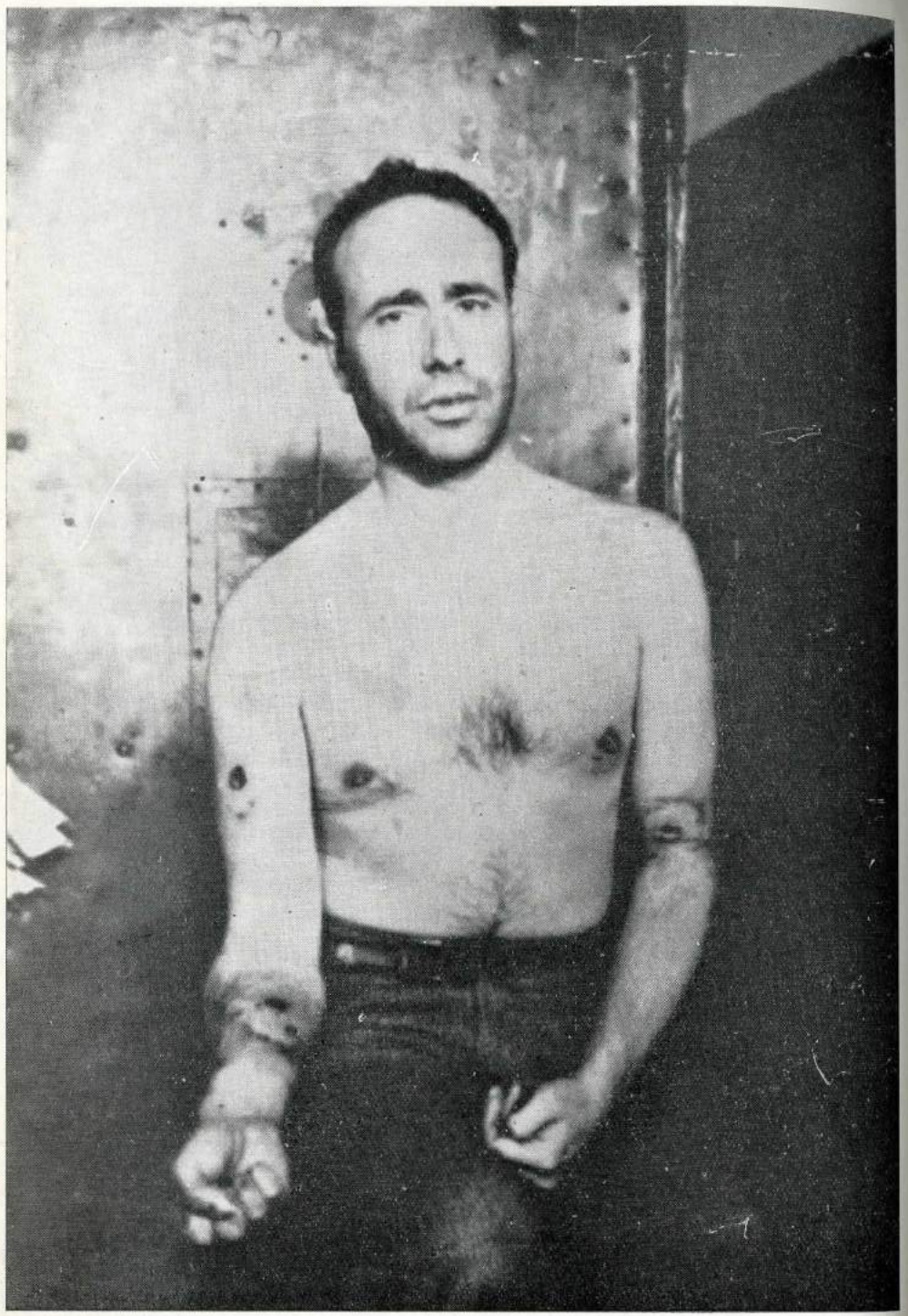
3.—Después del ''triunfo'', los soldados del Tercio contemplan su obra con sarcasmo e indiferencia. Su apetito de sangre se ha colmado. Nótese qué risueños están.

4—El ''cristiano'' gobierno de Alcalá Zamora y Gil Robles no se conformó con lanzar a su jauría contra los valientes trabajadores asturianos, sino que después de la hecatombe se ordenó el ''remate'' de los heridos recluídos en los hospitales. Aquí tenemos a los del Hospital de Oviedo recién fusilados. Nótese los vendajes que todavía portan los muertos. El joven del primer término, fué torturado en sus órganos genitales.

5.—''Manos arriba'', le intimaron a este obrero, y al obedecer, como una inocente ''diversión'' de la soldadesca, le amputaron un brazo para gozar en su dolor. Después lo remataron.

6.—Una víctima más. Con las manos atadas hacia atrás y la cara destrozada con las culatas de los rifles, fué ejecutado este obrero.

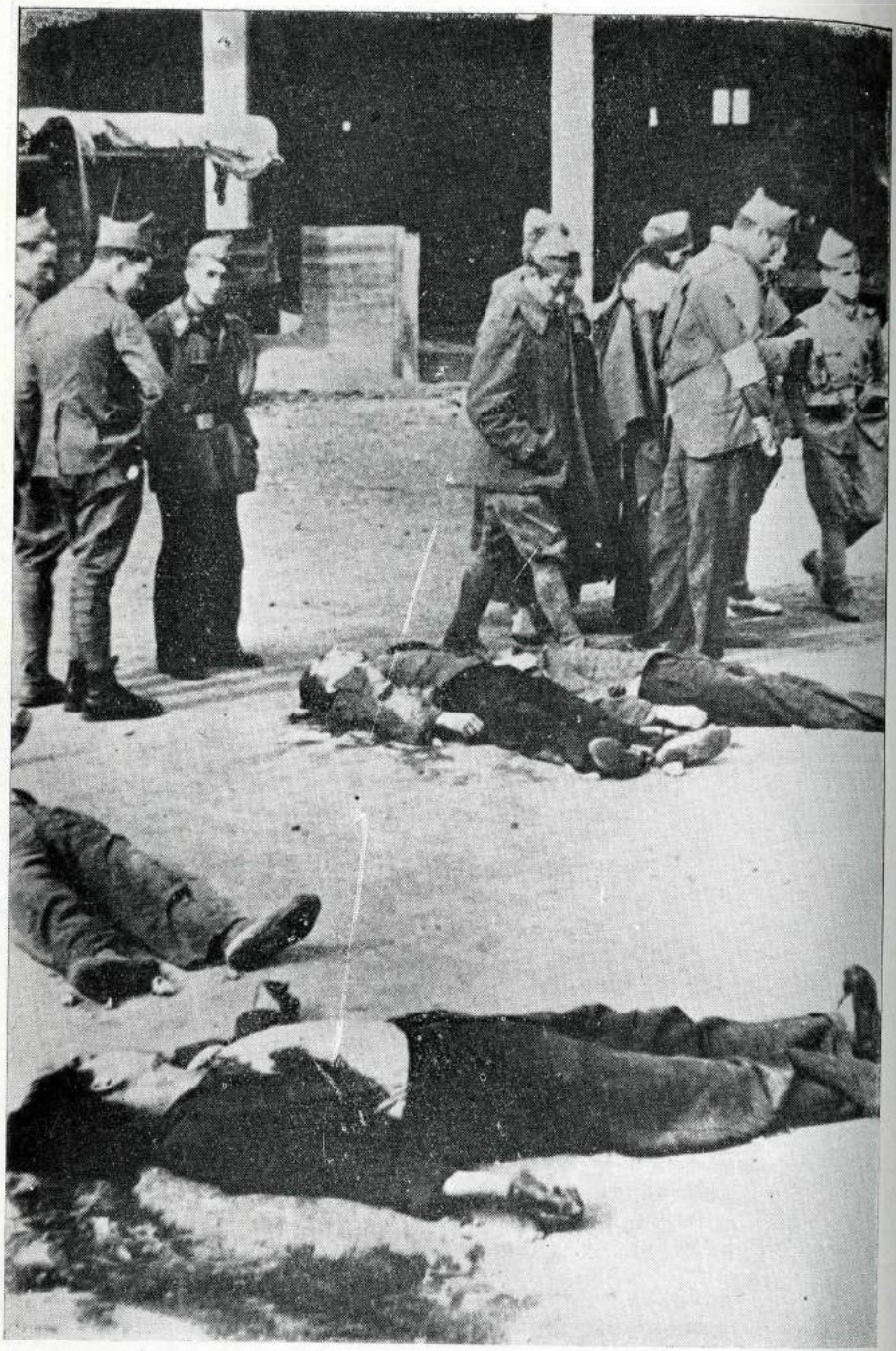
7.—Retrato y un autógrafo de los luchadores españoles María Teresa León (inteligente y brillante escritora) y Rafael Alberti (gran poeta del proletariado mundial).



NUM. 1

NUM. 2

NUM. 4



NUM. 3

NUM. 5

NUM. 6

Saludamos desde las páginas de la revista "Futuro" a la Confederación General de Obreros y campesinos de México por la realización del Frente Único.

Rafael Alberti

María Teresa León

México. 18 junio 1935

pulso de sus arados y sus guadañas. También ellos se sienten convocados. Es el grito de la tierra. ¡Arriba! "¡Bon cop de falc!"

La política de la burguesía catalana, apoyada sobre una base falsa, va a ser puesta a prueba. Lo que no tenga fundamentos sólidos se derrumbará, puesto que va a producirse un terremoto político-social.

≡ ≡ ≡

La urdimbre política era, hasta el 5 de octubre, en Cataluña más que en el resto del país, provisional e insegura. Ninguno de los partidos con amplia influencia existentes descansaba sobre el terreno que les pertenecía. La Liga, el partido de la burguesía industrial y financiera, tenía como clientela una gran masa de la pequeña burguesía. La Esquerra, partido de la pequeña burguesía, se apoyaba sobre los obreros. La F.A.I., partido obrero, en su pugna contra la Esquerra, sostenía indirectamente a la Liga. Todo esto daba origen a una situación inextricable que únicamente se podía clarificar produciéndose revolucionariamente un orden de densidad, un orden de clases.

Los tres ejes de la política catalana —el de la Liga, el de la Esquerra y el de la F.A.I.— van a torcerse.

La Liga, al servicio de la industria y de la Banca, no puede ser el defensor real de los intereses de la pequeña burguesía que ha captado demagógicamente y por falta de un verdadero partido pequeño burgués. La Esquerra, al servicio de la pequeña burguesía, no puede en manera alguna encarnar las inquietudes y los intereses de las masas proletarias que ha conquistado demagógicamente y por falta de un verdadero partido obrero. La F.A.I., partido sectario de una parte del proletariado, al llevar a cabo una acción, en el fondo, antiproletaria, y, en la práctica, favorable a la Liga, no representa la voluntad de las masas trabajadoras.

El nudo de todo este complicado problema político reside en la no existencia de un verdadero partido de la clase trabajadora.

La aparición de la Alianza Obrera, aunque no era el partido, pero desempeñando de hecho funciones de partido, venía a hacer esta corrección trascendental en la política catalana. Se esfumaba repentinamente lo que hasta entonces había sido la piedra angular del edificio político. La Liga había formado un partido con masas pequeño burguesas atemorizadas

por los anarquistas. La Esquerra hizo un partido con masas obreras desorientadas gracias a los anarquistas.

Al faltar los anarquistas, siendo sustituídos por otra fuerza obrera, se hundía la clave de bóveda de todo un sistema político. Y caía la Esquerra, caía la Liga y caía la F.A.I.

Este fué el drama político trascendental que vivió Cataluña los días 5 y 6 de octubre.

Por primera vez en la historia, la clase trabajadora de Cataluña sabía adónde iba y cómo debía ir. En 1909 y 1917, la burguesía empujó y luego se retiró dejando a los obreros abandonados. Ahora, el movimiento obrero empujaba a los partidos pequeño burgueses, y de un modo particular a la Esquerra, a cumplir sus compromisos. El, momentáneamente, ocupaba un lugar en la retaguardia para evitar el retroceso, en lo posible.

La Esquerra, para mantener el fervor en las masas que le dió el anarquismo y evitar la cristalización de un movimiento político independiente de la clase trabajadora, había hecho promesas. Y ahora le era presentada la cuenta. La Esquerra llegaba al punto culminante de sus contradicciones interiores.

La Esquerra más que un verdadero partido era un conglomerado de partidos y núcleos diversos más o menos ligados orgánicamente.

La componían: a)—los republicanos pequeño burgueses, restos de los antiguos partidos republicanos de Cataluña; b)—el grupo separatista de Maciá, "Estat Catalá", integrado por jóvenes patriotas, sinceramente revolucionarios, obreros en su mayoría, y por aventureros de toda especie, sobre todo en los puestos directivos; c)—un grupo de aristocracia obrera, la "Unión Socialista de Cataluña", que ha leído un extracto del **Manifiesto Comunista** y cree que es posible un socialismo paternal, como el que predicaba Maciá, conocido, en Cataluña, humorísticamente, por el socialismo de la "caseta i l'hortet" (la casita y un huertecito-; d)—los "rabassaires" o movimiento de reivindicaciones agrarias. En cada uno de estos grupos, había nuevos subgrupos de primero, segundo y tercer grado.

Esta composición social amplia, compleja, fué la fuerza de la Esquerra y también su debilidad.

Mientras que la Esquerra tuvo que mantenerse sobre el terreno de la agitación, era un centro general de convergencia. Pequeña burguesía, obreros y campesinos se sentían atraídos y eran absorbidos.

El traspaso de servicios del Estado a la Generalidad hizo que, progresivamente la Esquerra tuviera que pasar de la agitación a la práctica. Y, claro está, sobrevino el desencanto. Una parte de la pequeña burguesía se fué a la Liga de los Cambó y Ventosa. Le quedaron los obreros y campesinos, no todos, sin embargo, aunque condicionalmente tan sólo, a resultas de su actuación definitiva.

La Esquerra que había pasado, como el resto de la pequeña burguesía española, los primeros años de la República, declamando histriónicamente y haciendo la exposición de la figura de Maciá, por un lado, y por el otro, dedicándose al "gangsterismo" al por menor, y dando pruebas de inteligencia parva y arrivismo elevado, se encontró cogida entre dos fuegos. De una parte, la contrarrevolución asaltando el Poder Central, y apretando cada día un poco más los tornillos. Del otro lado, la clase trabajadora de la ciudad y del campo que ha sostenido a la Esquerra y que ahora le exige una garantía de Poder, en Cataluña.

Esta demanda apremiante de las masas populares se manifiesta exteriormente y, además, internamente, dentro de la propia Esquerra. Los "rabassaires" y el "Estat Catalá", cada uno desde su sitio, estiran. Los "rabassaires" piden las reformas tantas veces aseguradas en mítines y en campañas electorales. El "Estat Catalá" desempeña, en cierta medida, el papel de exponente de los deseos nacionales sentidos por la clase trabajadora.

La Esquerra durante los meses que precedieron al 6 de octubre fué un verdadero pandemonium de luchas internas. Se conspiraba. Se planeaban incluso atentados. Había un forcejeo, una rivalidad con sonrisa en los labios y el puñal en la espalda. El combate, finalmente, quedó polarizado en Companys y Dencás, alrededor de cada uno de los cuales se produjo una concentración de fuerzas, de reservistas y de generales más o menos honorarios, efectivos o aspirantes. Companys era el viejo republicano para quien la República y la Generalidad constituían todo su ideal de pequeño burgués. Dencás era el aventurero, el "parvenu" que, maquiavélicamente, buscaba ser el centro de un movimiento que partiendo de la democracia y de la clase trabajadora fuera a parar a un nacional-socialismo. Dencás, el jefe de la fracción de "Estat Catalá" turbio en sus propósitos, no podía ocultar sus intenciones deliberadamente fascistas. Su trabajo de organización y su actividad política, tendían hacia un objetivo final: un fascismo catalán. Su declaración de guerra a los anarquistas, sus

"escamots" de camisas verdes regimentados, todo esto tenía un común denominador: el nacional-socialismo catalán.

Dencás dirigía sus acciones en un tal sentido. Si en Madrid, Gil Robles se sentía atraído por la actuación de Dollfuss, Dencás, en Barcelona, estaba sugestionado por Hitler. Dos fascismos nacientes. Aquí y allá. Y como los de Austria y Alemania, rivales, en disputa abierta. Hitler contra Dollfuss. Y Gil Robles contra Dencás.

Dencás, sin personalidad, no tenía más remedio que imitar. El duo Hitler-Goering soñaba con que, proyectado en Cataluña, daba como resultado: Dencás-Badía. Dencás, el cerebro; Badía, el brazo de hierro.

Marxs dijo oportunamente que, en efecto, la historia se repite, pero lo que la primera vez es tragedia o drama, la segunda se convierte en sainete, en ópera bufa.

El 5 y 6 de octubre se plantean en Cataluña los siguientes problemas políticos: Primero, la lucha de la clase trabajadora contra la reacción cuyo mascarón de proa es Lerroux al frente de un Gobierno de tendencias fascistas. Segundo, la contra-ofensiva de los campesinos catalanes, atacados por los propietarios de la tierra. Tercero, la defensa de libertad de Cataluña amenazadas por el centralismo contrarrevolucionario. Estos tres aspectos coincidentes se colocan en el primer plano. Luego vienen otros: Cuarto, la rebelión de las masas obreras y campesinas contra la pequeña burguesía dirigente a la que tratan de desbordar. Quinto, la batalla, dentro de la Esquerra, entre el grupo de Dencás y el de Companys, es decir, entre la tendencia "dinámica" de un nacional-socialismo en ciernes que no había prendido aún en la masa, pero que llevaban en la cabeza los directivos, y el republicanismo democrático.

El 5 y 6 de octubre existen en Cataluña cuatro concentraciones de fuerza. Primera, la que se mantiene al lado del Estado. Segunda, la de la Generalidad que está dividida en dos porque se disputan la hegemonía Companys y Dencás. Tercera, la de la Alianza Obrera. Cuarta, la de los anarquistas que, dada su actitud, se coloca al lado de la primera. Los campesinos se encuentran situados entre la segunda y la tercera.

El panorama no puede ser más interesante. Si la batalla de Waterloo fué el resumen de todas las guerras napoleónicas, y allí, en aquella llanura de Bélgica, iba a decidirse el curso inmediato de la Historia, la batalla del 5 y 6 de octubre era en igual sentido una conclusión y un punto de par-

tida. La trascendencia no tenía límites. Veamos las perspectivas posibles.

De triunfar el Gobierno de Madrid, las consecuencias las tenemos a la vista y no necesitan más amplia explicación, pues son, creemos, suficientemente convincentes.

La Generalidad tenía, sin embargo, a favor suyo más probabilidades de éxito que el Gobierno Lerroux-Gil Robles. Si la victoria hubiera sido de los insurrectos, podía ocurrir —y es lo más probable —que la Generalidad hubiese quedado sumergida en medio del oleaje del movimiento obrero que representaba la Alianza Obrera sobre todo, si como consecuencia del triunfo en Cataluña y de la insurrección victoriosa en Asturias, se hubiera producido, como es lógico, una sublevación obrera en toda España. Un Gobierno obrero y campesino en Madrid, forzosamente hubiese determinado la sustitución de la Generalidad por un Gobierno obrero y campesino de la República Socialista de Cataluña, parte integrante de la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas. No es inverosímil, no obstante, que si la presidencia de la República para dominar el movimiento, ahogándolo, hubiera despedido al Gobierno formado el día 4, reemplazándolo por otro de izquierda, la Generalidad hubiese monopolizado el éxito figurando al frente de él Companys o Dencás, los republicanos liberales o los republicanos fascistas.

He aquí toda la gama de variaciones políticas posibles.

¿Quién ganará? ¿Y después? En cada elemento directivo de la pequeña burguesía, tiene lugar una tempestad bajo el cráneo.

Cuando del presente al porvenir hay una solución de continuidad, cuando todo un pasado queda concentrado y, en unas horas, en unos minutos, precisa tomar una decisión trascendental, se oyen los martillazos de la duda que golpean fuertemente, implacablemente. Napoleón, antes de entablar una batalla dudaba veinte veces, más así que la resolución había sido tomada, se lanzaba con todas sus fuerzas. La duda era justa entonces porque Napoleón poseía una relativa libertad de presentar o no presentar batalla. Pero cuando él era atacado, no podía existir incertidumbre. había que responder de manera que la contra-ofensiva se transformara en ofensiva arrolladora.

La Generalidad se veía atacada, amenazada, y seguía dudando. Y dudando no porque se sintiera en condiciones de inferioridad con respecto del Gobierno de Madrid, sino porque temía, de un lado, al movimiento obrero, y, del otro lado, Companys. Ambos presentían que en el momento agudo, el ad-

versario asestaría, sin duda alguna, una puñalada trapera. El más decidido, quien iba completamente dispuesto a aprovecharse era Dencás. Su propósito manifiesto era deponer a Companys, asaltando la presidencia del "Estado Catalán dentro de la República Federal Española".

▪ ▪ ▪

La tarde del viernes desfila por las Ramblas una grandiosa manifestación organizada por la Alianza Obrera. La huelga es ya completa. Los obreros no se recluyen en sus casas, ni se dedican a pasear. Se manifiestan. Quieren algo. Tienen prisa.

Veinte mil personas pasan por delante de la Generalidad y piden: la proclamación de la República Catalana y armas para defenderla. Las masas levantan los puños y gritan: "¡Armas!"

Companys, al ver esta manifestación y oír sus demandas, se estremece. Dencás, en Gobernación, palidece, da orden de que refuercen la guardia de protección y, pasa por su mente, fugazmente, el plano del alcantarillado.

La ola obrera crece. Crece sin parar. Se hincha. De toda Cataluña van llegando noticias que electrizan. El movimiento es unánime y va aumentando la temperatura. En todas partes la Esquerra pasa a segundo término. Los obreros mandan. Los obreros ganan la confianza de la población. No se habla de la Generalidad. Se habla de la Alianza Obrera.

La Generalidad envía al Comité de la Alianza Obrera una delegación para negociar la salida de la prensa al día siguiente. "Como los diarios no podrán comunicar más informaciones que las que sean favorables a la huelga —dicen los emisarios—, la aparición de los periódicos, por lo menos los de izquierda, es conveniente".

La Alianza Obrera contesta a la Generalidad que la huelga es general y que, por lo tanto, no habrá periódicos. Queda incluso prohibida la aparición de **Solidaridad Obrera.** Solamente se editará un Boletín de la Alianda Obrera que será fijado a modo de Bando, en las paredes.

De hora en hora la Generalidad ve decrecer sus fuerzas y aumentar las de la Alianza Obrera.

Se celebra una nueva entrevista de la Alianza Obrera con la Generalidad. Viernes por la noche.

—¿Qué van a hacer ustedes? —requiere la delegación obrera—. En Asturias ha comenzado la insurrección. La

huelga se generaliza en toda España. En Cataluña es completa. La Alianza Obrera no se ha salido del cauce que se ha trazado...

La Generalidad responde:

—Nuestra impresión es que la cosa va para largo. Puede durar varios días. No conviene precipitarse. Lerroux ha hecho declaraciones diciendo que el Gobierno de la Generalidad es leal. Es posible que el Gobierno de Madrid sea transigente con nosotros. Hay que ser prudentes puesto que se ventila nada menos que el porvenir de Cataluña.

La Alianza Obrera replica:

—No opinamos que esto pueda prolongarse. Mañana será el día decisivo, no hay duda. Hay que manifestarse claramente. No es posible, ni conveniente mantener esta ambigüedad. Si o no.

La Generalidad reflexiona un momento y dice:

—Si, mañana será el día decisivo.

La delegación de la Alianza Obrera es conducida por una escalera interior. El acompañante fué el hombre de confianza del jefe de policía durante la dictadura, y ahora, por lo que se ve, lo es de la Generalidad.

Alborea. Sábado 6.

La Alianza Obrera ha hecho oír su voz. Ha fijado profusamente un pasquín señalando sus objetivos inmediatos. A medida que se ensancha el día, la gente sale a la calle a leer el Bando de la Alianza Obrera. Barcelona aumenta de volumen. Las multitudes, rumorosas, densas, desfilan y presionan.

La Alianza Obrera durante el día de hoy irá colocándose delante.

Empieza la requisa de automóviles para enviar delegados y órdenes a todas partes. Los "Cadillac", los "Buicks", los "Rolls" de los señores se muestran dóciles con el volante puesto en manos de improvisados choferes revolucionarios. Vuelan los autos por todo el país llevando las consignas. La llegada de las delegaciones del Comité Central de la Alianza Obrera es recibida en provincias con entusiasmo. Los Comités locales preguntan ansiosos: "¿Qué? ¿Seguimos adelante?" Y siguen avanzando, efectivamente.

La inquietud de la Generalidad llega al paroxismo. Ya no es Madrid quien origina el pánico. Es el movimiento obrero.

Dencás comienza a provocar, diciendo que se prepara contra los anarquistas. Y camina a la Alianza Obrera para que interrumpa en seguida las requisas de autos y de armas, exi-

giendo, además, que sean disueltas las milicias que la Alianza Obrera va formando en plena lucha. "Aquí no puede haber más que un Poder", dice.

La Alianza Obrera responde que las requisas que ha empezado así como el encuadramiento de las milicias obreras no van contra la Generalidad. La Alianza Obrera está al lado de la Generalidad para ir adelante. "Necesitamos armas". Y Dencás, fatuo y engreído, insiste: "Aquí no puede haber más que un Poder".

La Alianza Obrera asalta el Palacio del Fomento del Trabajo Nacional, instalando allí su cuartel general. Y sigue requisando los autos que le son necesarios y las armas que puede encontrar en manos de reaccionarios. ¡Un fusil y unas cuantas pistolas, en total!

Dencás ha movilizado toda su policía y sus "escamots", que pertrechados de fusiles, ametralladoras y bombas de mano, ocupan los lugares estratégicos.

Y se inicia la persecución de la Alianza Obrera. Dencás ha comunicado a todos sus puestos que dos automóviles, números tal y cual, son autos fascistas. No circulan más automóviles que los de la Alianza Obrera y los de los "escamots" y policía de la Generalidad. Los coches obreros son detenidos y cacheados incesantemente. El Comité Ejecutivo de la Alianza Obrera se ve forzado a salir del coche. "¡Manos arriba!" Para Dencás y Badía: "¡He ahí el enemigo!"

La Alianza Obrera no se detiene. Sigue imperturbable su marcha. El teléfono y los emisarios le informan que el movimiento en toda Cataluña adquiere cada vez de una manera más pronunciada un carácter "aliancista".

Es Barcelona lo que ahora precisa decidir. Es la Generalidad la que ha de pronunciarse.

A las seis de la tarde, en la plaza de Cataluña, se forma una nueva manifestación de la Alianza Obrera. Dencás la prohibe. De todos modos, la manifestación se hace. Es un desfile militar. Han sido regimentados en breve tiempo diez mil obreros. Es el Ejército Rojo preparado. Sólo falta una cosa, lo más importante: las armas. ¿Cómo tomarlas? Las armas están en poder de la policía de la Generalidad y de los "escamots" de la Esquerra. ¿Qué hacer? ¿Asaltarlas? Sería el hundimiento de la insurrección en unos segundos, la guerra civil, el pretexto para hacer una degollina obrera y retroceder. No. Precisa evitar la provocación. Los policías de la Generalidad son saludados con aplausos por parte de los trabajadores.

La manifestación militar-obrera atraviesa las Ramblas. Es ya de noche. El ambiente está saturado. Se palpa la proximidad del estallido. La manifestación pasa por delante de la Generalidad con el puño en alto y pidiendo: "¡Armas!"

≡ ≡ ≡

¿Qué ocurre mientras tanto dentro de la Generalidad?

Nada mejor para saberlo que acudir a las fuentes de una documentación incontrovertible. Es una hoja volante titulada (en catalán): **Documento núm. I—El 6 de octubre en Cataluña**, en la que el Consejo de la Generalidad trata de justificar su actitud. Este documento, que busca ser una vindicación de Companys y seguramente escrito por el mismo, dice:

"En Cataluña se alzó en masa todo el país, contenido hasta ese momento por la autoridad y la confianza en el Gobierno de la Generalidad y en las declaraciones que éste había reiterado y solemnemente formulado. Se recibían constantemente peticiones de Ayuntamientos, entidades, partidos políticos, organizaciones obreras, organismos, en fin de todas clases, y por todas partes surgían manifestaciones de protesta y de rebeldía. En este estado de cosas transcurrieron el jueves y viernes, días 4 y 5 de octubre, con la amenaza inminente y evidente del estado de guerra. La huelga persistía, absoluta, por doquier. EL ALZAMIENTO JUSTIFICADO DE CATALUÑA DESBORDABA LAS POSIBILIDADES DEL GOBIERNO DE LA GENERALIDAD. Y éste o tenía que abandonar el Poder, o reprimir por la violencia una protesta que respondía a los propios sentimientos del Gobierno repetidamente manifestados o, en fin, podía intentar canalizar el movimiento y evitar que un oleaje caótico y desordenado se apoderase de Cataluña. No hay que olvidar que en algunos Ayuntamientos se había proclamado la República Catalana, pero en otros se había proclamado el socialismo e incluso el comunismo libertario, etc., CREANDOSE ASI UNA SITUACION DIFICIL Y ANARQUICA, IMPOSIBLE DE ENCAUZAR MAS TARDE DENTRO DE UNA FORMULA DEMOCRATICA VIABLE".

Se afirma claramente que sólo existían tres caminos: capitular, reprimir la insurrección obrera iniciada o ponerse al frente para evitar que adquiriera proporciones graves, que ya empezaban a matizarse. Es decir, las tres perspectivas que Companys ve, las tres son negativas, forzadas. Y, sin embargo, había otra, la única, la verdadera: defender las libertades de Cataluña, poniéndose al lado del país que, según de-

claración propia, "se ha alzado en masa". Pero esta eventualidad, que era la que solamente podía conducir al triunfo porque era revolucionaria, no fué examinada por la Esquerra.

Las declaraciones de la dirección de la Esquerra —no firmadas, pero auténticas— tienen un complemento interesante en la que hizo Azaña ante la Comisión de Suplicatorios, que publicó "in extenso" la prensa, los días 28 y 29 de noviembre. Azaña decía:

"El sábado se presentó en el Hotel el señor Lluhí para decirle que **no podían resistir más la presión de los elementos populares que querían asaltar la Generalidad.** El señor Lluhí le dió cuenta de que se pensaba proclamar el Estado Catalán dentro de la República Federal Española y que todo iría como el 14 de abril. **Además, creían que el Gobierno de Madrid transigiría y que llegarían a negociaciones".**

Se va haciendo la luz. Primeramente, la Generalidad se ve forzada a ir a la insurrección porque no puede resistir más la presión popular que la desborda —declaración hecha por Lluhí Vallescá a Azaña que concuerda exactamente con la de Companys en **El Documento núm. 1.** Segundo, la Generalidad piensa que la declaración del Estado Catalán a que las masas le obligan, determinará, sin duda, negociaciones entre Madrid y Barcelona y todo terminará mediante un arreglo amistoso. La Generalidad partía, pues, del supuesto táctico que su sublevación por fuerza acabaría pactando con el Gobierno de Lerroux-Gil Robles. De este modo se conseguirían dos cosas: no ponerse contra la corriente popular y obtener, seguramente, nuevos y más importantes "traspasos de servicios"...

He aquí todo el plan revolucionario, henchido, como se ve, del alto idealismo de la pequeña burguesía catalana, la misma que tres años antes había abandonado la estructuración federal de España a cambio de una promesa de autonomía, la misma que había mantenido engañados a los campesinos con promesas que simuló querer cumplir cuando ya era demasiado tarde, la misma que.... ¿para qué continuar?

Cuando ya la Generalidad "no podía resistir más la presión de los elementos populares que querían asaltarla" —según las manifestaciones de Lluhí a Azaña—, el Consejo de la Generalidad delibera. Preside Companys. Sentados alrededor de la mesa, Lluhí Vallescá, Ventura Gassol, Esteve, Mastres, Barrera y Comorera. Dencás no asiste. Dencás, como Batet, prepara febrilmente el asalto de la Generalidad.

El Consejo habla en voz baja. Ha desaparecido la euforia. Parece que se asiste a un entierro. No hay salida posi-

ble. O intentar un fin heróico o quedar completamente destrozados. Algunos Consejeros tratan de aferrarse al vacío. Es inútil. El barco se hunde. No se puede evitar el naufragio.

La situación de la Generalidad hace recordar el incendio del Palacio de Justicia de París en 1618, incendio recordado por Victor Hugo, que fué eplicado por un poeta del siguiente modo:

Por cierto fué triste caso
cuando en París la justicia
por salir de sus apuros
se pegó fuego a sí misma.

* * *

A las ocho de la noche, desde el balcón de la Generalidad, Companys proclama el "Estado Catalán" dentro de la República Federal Española". La Generalidad asiste a un nacimiento como si fuera un funeral. Está de luto. Cumplida la ceremonia fúnebre, el Consejo se retira a esperar. Es la noche del sábado. Aquelarre.

Se declara el estado de guerra.

Dencás, en funciones de Generalísimo, y su lugarteniente, Badía, segundo de a bordo, "dirigen" la insurrección. Dencás actúa sintiéndose ya el indiscutible "Führer" de Cataluña. No obedece a nadie. No obstante, ha acatado por primera vez una orden del presidente: "¡No disparar!" Esperar como Bayardos....

¿Fuerzas en presencia?

La Generalidad, en Barcelona, tiene tres mil policías armados, y unos siete mil "escamots" también pertrechados.

El Estado dispone de unos cinco mil soldados.

La relación es de 2 a 1, extremadamente favorable, por lo tanto.

Además, el ejército es dudoso. Si bien los jefes son, en su mayoría contrarios a la insurrección, ¿quién sabe cuál es el pensamiento de los soldados? Los soldados pertenecen al pueblo, y el pueblo puede cambiarlos en un momento. Los cinco mil soldados de que dispone el Estado son susceptibles de convertirse en breve tiempo en cinco mil soldados de la Revolución.

Como reserva forzada, porque la Generalidad se ha negado a entregarles armas, se encuentran los diez mil hombres regimentados de la Alianza Obrera que, al ser armados, pueden entrar en acción inmediatamente.

Más todavía. La gran masa popular está al lado de los insurrectos.

Los cuarteles en donde se encuentran concentradas las fuerzas gubernativas se hallan situados dentro de la ciudad y es posible rodearlos, sitiarlos, hacer realmente imposible la salida. Todas las comunicaciones —y la más importante por lo que se refiere a Barcelona, teléfonos,— están bajo el control de la Generalidad. El centro director del ejército, la Cuarta División Orgánica o Capitanía, enclavada, topográficamente, en un sitio que, en cinco minutos, puede quedar aislado de todo contacto con los cuarteles.

Nunca una batalla insurreccional se planteó en condiciones favorables. Esta fué la repetición de aquella batalla clásica de la Historia, la batalla de Lérida, que no podía perderse y se perdió.

Hacia las nueve de la noche los soldados van saliendo de los cuarteles. Son unos quinientos en total. Quinientos contra diez mil hombres armados. Uno contra veinte. Se extienden por la ciudad sin encontrar resistencia. Sacan los cañones que a través de calles estrechas y tortuosas son arrastrados hasta delante de la Generalidad. Ningún obstáculo. Los diez mil hombres de la Generalidad permanecen herméticos. Vigilan atentamente....

Dencás, mientras tanto, desde Gobernación hace llamamientos desesperados a los pueblos vecinos para que se trasladen a Barcelona para defenderla. Y en Barcelona, diez mil hombres siguen montando la guardia esperando. ¿Esperando qué?

Marx y Engels señalaron ya aquella regla clásica: "La defensiva es la muerte de la insurrección". En Cataluña, la Generalidad no sólo no tomó la ofensiva, sino que ni siquiera practicó la defensiva, se puede decir. La Generalidad cerró sus puertas después de haber dejado llegar hasta allí los cañones, que por cierto, permanecieron abandonados unos momentos, cuando los mozos de Escuadra hicieron una descarga. Pero la Generalidad no tenía el propósito de impedir que los cañones dispararan. Dejó que volvieran nuevamente a bombardear. Esto justificaría una capitulación "honrosa".

¿Es esto y nada más que esto lo que buscaba la Generalidad la noche del sábado después de constatar con enorme extrañeza que el Gobierno de Madrid no proponía negociaciones?

El **Documento núm. I** sigue siendo, realmente, un documento Nº I por su diáfana claridad.

Dice: "La Generalidad ha salvado el honor de la protesta y posiblemente el honor de las izquierdas. Si la Generalidad se hubiera puesto al lado del Gobierno Lerroux-Gil Robles y hubiese ametrallado a los manifestantes e impuesto la fuerza, como podía haber hecho, habría producido una decepción tan grande que las fuerzas de izquierda estaban vencidas para largos años. Además, los jefes de "Estat Catalá" —nos referimos a aquellos que pretendían tener la responsabilidad del movimiento se hubieran apresurado a calificar de cobardes y traidores a los miembros del Gobierno de la Generalidad y estos elementos serían hoy delante de la opinión pública engañada, los hombres del futuro de Cataluña".

Para la Generalidad sólo había, pues, según confesión propia, dos salidas: ametrallar el movimiento popular desbordante con lo cual las "izquierdas hubiesen quedado vencidas para muchos años" o hacer un gesto y "salvar el honor de la protesta". La idea de atacar e incluso la de defenderse no existe.

Sigamos transcribiendo el **Documento núm. 1**:

"Pérez Farrás había suplicado al Gobierno que marchara, puesto que podía hacerlo ya que tenía el paso libre por una puerta posterior del edificio, fuera de la zona de fuego. Además, Pérez Farrás podía defender todavía con sus fuerzas, y lo hubiera hecho seguramente hasta caer allí mismo. Companys negó".

Pérez Farrás resistirá indefinidamente. El Gobierno de Cataluña puede salir de la Generalidad y trasladarse a un lugar seguro. ¡Ah! Pero esto significaría que la insurrección continuaría, y al frente de ella, inevitablemente, se colocaría la clase trabajadora. El día 7 sería un día de fuego graneado, de guerra civil, de batallas encarnizadas. Y no es de esto lo que se trata. Las cosas han llegado hasta allí, y ¡basta ya! Ha sonado la hora de la liquidación final. El gesto ya está hecho.

Dencás sigue pronunciando discursos por la Radio, gritando, histéricamente, "¡A las armas!" "¡A las armas!" Los policías se desmoralizan porque se les mantiene en la incertidumbre. Los "escamots"' siguen acuartelados esperando órdenes. En Gobernación hay en depósito un arsenal de fusiles y un auto blindado, mientras que a los obreros de la Alianza Obrera se les han negado las armas.

A los dirigentes pequeño burgueses, les da vuelta la cabeza. Dencás y Badía, que se habían preparado para ser generalísimos, empiezan a ver todo obscuro. Companys tiene el vértigo. Se marea. No puede pasearse por las cornisas sa-

lientes de la política revolucionaria. Unos y otros, al ver la Revolución, se han desvanecido.

—"¡Nos han vendido!" dice Companys cuando el general Batet empieza a mandarle granadas, que caen como manzanas de Newton sobre la mesa de su despacho presidencial. Es posible que en esa hora suprema, Companys reflexionara sobre el intrincado problema de la gravitación universal. ¿Pero quién ha vendido a quién? Batet no ha vendido a nadie. Es el militar profesional. Ha habido, sí, una venta: la pequeña burguesía de la Generalidad ha vendido las libertades de Cataluña, y con ellas el movimiento obrero.

El general Batet con quinientos soldados y unos cañones de salva acaba con la insurrección.

Dencás, mientras que los que le acompañaban salen libremente por las puertas abiertas de Gobernación, desciende a las moradas de Plutón y a través de la alcantarilla, con lo que le resta de heroísmo, grita al pequeño grupo de bravos que le sigue como aquel soldado de Le Feu de Barbusse: "En avant dans la m....!"

Los otros, en la Generalidad, cogen una toalla y, atada al mango de una escoba, la sacan por una ventana entreabierta. Es la bandera casi blanca. ¡Bandera de paz!

Batet, por Radio, desde la Cuarta División Orgánica del Ejército, anuncia que todo ha terminado.

La insurrección, triunfante en varios lugares de Cataluña, se hunde en un instante cuando la Radio comunica la rendición de la Generalidad.

"En una revolución —dijeron Marx y Engels— el que dirige una posición decisiva y la entrega, en vez de forzar al enemigo a ensayar una fuerza atacándola, merece siempre ser tratado como un traidor".

"Hemos visto —seguían diciendo Marx y Engels, refiriéndose a la burguesía alemana de 1848— cómo fracasó, menos que en razón de circunstancias desfavorables, a causa de su cobardía manifiesta e incesante que evidenció en todos los momentos críticos que se produjeron desde el comienzo de la Revolución, ya que demostró el mismo corto alcance, la misma pusilanimidad, el mismo espíritu vacilante que caracteriza sus operaciones comerciales".

Los obreros revolucionarios de Barcelona intentan reaccionar. Se arman de los fusiles que abandonan las tropas de Dencán. Asaltan la Jefatura de Policía. Presentan batalla en la Plaza de Lesseps, en otros lugares. Es tarde ya. **La insurrección no es que haya sido vencida. Ha sido entregada.**

Los rebassaires que después de haber oído las llamadas apremiantes de Dencás partieron con dirección a Barcelona, caen en poder de las fuerzas del Gobierno que, apostadas, los estaban aguardando.

Octubre, 7. Sol de domingo. Tiroteos intermitentes. Silencio en Barcelona y silencio en toda Cataluña, ¿Qué ha ocurrido?

Por la Radio, desde la Cuarta División Orgánica del Ejército, que sólo se utiliza ahora para comunicar los partes policíacos y militares, los anarquistas de la C.N.T. y de la F.A.I. anuncian que hay que reemprender el trabajo. Es lo mismo que ha aconsejado Batet, representante único en Cataluña del Gobierno Lerroux-Gil Robles.

La huelga general persiste, sin embargo, hasta el martes. Los obreros reanudan el trabajo entristecidos....

Se ha hundido toda la política catalana levantada sobre un equívoco.

Empieza una nueva época.

Joaquín Maurín

1917-1930-1934

ETAPAS DEL PROLETARIADO ESPAÑOL

Por Rodolfo Llopis.
Diputado Socialista, por Alicante.

(Especial para **"Futuro"**).

Las horas intensamente dramáticas que estamos viviendo no pueden ser más aleccionadoras. Después de lo ocurrido en el país y de lo que está ocurriendo todavía, nadie dudará ya de que dos Españas se alzan frente a frente y se acometen con encarnizamiento: la España de los trabajadores y la España de los privilegiados; la revolucionaria y la contrarrevolucionaria. En esa lucha ya no caben pactos, armisticios, ni treguas. Hay demasiados cadáveres de por medio. Se ha derramado demasiada sangre. La guerra entablada es de muerte. Quien pueda, debe triunfar y aplastar definitivamente a su enemigo. Así está planteada a la hora de ahora la lucha en España. Nadie tiene derecho a ser neutral en esa contienda. Ni siquiera a ser espectador. Por el contrario, hay que formar en una de esas dos Españas y atenerse a sus consecuencias. Así lo exige el proceso revolucionario que estamos viviendo, proceso que, por otra parte, no es típico, ni exclusivo del pueblo español. Es en cierto modo, el proceso que se advierte, más o menos agudizado, en todo el mundo. Así se explica la curiosidad, el interés, la inquietud que nuestra experiencia ha provocado y provoca en el extranjero.

El proceso revolucionario de nuestro país, como todos los procesos revolucionarios de los demás países, es un proceso lento, profundo y doloroso. De cuando en cuando, hace crisis y estalla con violencia. Cada una de esas crisis supera a la anterior en profundidad y en extensión. Es que la capacidad revolucionaria de las masas cada vez es mayor. Sus objetivos tácticos aparecen más definidos. Sus aspiraciones más claras. Saben cada vez más y mejor lo que quieren. Son, con toda razón, más ambiciosos. Y para conseguir sus propósitos aportan en cada caso más inteligencia, más ardor, en una palabra, más conciencia de clase.

Todo eso puede advertirse con claridad meridiana si se comparan los tres momentos cumbres del proceso revolucionario que vive el proletariado español: la huelga general de 1917, la del 30 y la de 1934.

La huelga del 17:

La huelga general de agosto de 1917 fué magnífica. Su trescendencia política, innegable. Las pretensiones del proletariado, modestísimas. Recuérdese que en mayo de 1916 se celebró en Madrid el XII Congreso de la Unión General de Trabajadores. En dicho Congreso, la ponencia de subsistencias, después de "reclamar una vez más del Parlamento y del Gobierno el abaratamiento de los medios de transportes; el fomento de las obras públicas; la regularización de todas las necesidades del país; la supresión de los privilegios industriales que vienen a acentuar la crisis nacional presente; la terminación de los gastos improductivos, especialmente de la criminal guerra de Marruecos", acuerdan realizar en toda España una gran campaña de agitación, que prepare el ambiente para declarar una huelga general de veinticuatro horas. Y si ello no fuese suficiente, se llegaría a la huelga general indefinida. El movimiento lo realizaría la U.G.T., pero se recabaría el concurso de las demás organizaciones sindicales. Caballero, Besteiro y Barrio se entrevistan en Zaragoza con Salvador Seguí, que representaba a la C.N.T., Las dos Centrales sindicales firman un pacto. Comienzan los actos de propaganda. El 18 de diciembre se declara la huelga general en toda España. Fué "una potente manifestación de fuerza de la organización, de disciplina de sus componentes, y de los deseos naturales de mejorar la situación. Esta huelga, que debió haber servido de saludable aviso a los que gobiernan, no produjo en ellos más efecto que el asombro por su intensidad y el orden que la había presidido, pero no hicieron más".

En su consecuencia, "con el fin de obligar a las clases dominantes a aquellos cambios fundamentales de sistema que garanticen al pueblo el mínimo de las condiciones decorosas de vida y de desarrollo de sus actividades emancipadoras. se impone que el proletariado español emplee la huelga general, en un plazo no limitado, como el arma más poderosa que posee para reivindicar sus derechos". Así se acuerda el 25 de marzo de 1917.

Toda España hervía de emoción revolucionaria. Por lo menos protestaría. La guerra europea tenía su repercusión entre nosotros. Hasta nosotros llegan también los rojos res-

plandores de la hoguera revolucionaria que se inicia en Rusia. La abdicación de Constantino de Grecia, se estima como una anticipación de lo que va a pasar en España: El 1º de junio lanzan las "Juntas militares de defensa" su manifiesto conminatorio. El 19 de julio, se celebra en Barcelona la famosa Asamblea de parlamentarios. El proletariado entretanto, seguía preparando su huelga general. El gobierno lo sabía. Porque lo sabía, quiso provocar a los obreros antes de que completasen sus preparativos. Para ello utilizó a las compañías de ferrocarriles. ¿Sólo a las Compañías? En Valencia estalló la huelga ferroviaria. Días después, el 13 de agosto, se declaraba la huelga general en toda España.

"Ha llegado el momento de poner en práctica, sin vacilación alguna, —decía el manifiesto dirigido "A los obreros y a la opinión pública"—, los propósitos anunciados por los representantes de la U.G.T. y de la C.N.T. en el manifiesto suscrito por estos organismos en el mes de marzo último. Durante el tiempo transcurrido desde esa fecha hasta el momento actual, la afirmación hecha por el proletariado de demandar, como remedio a los males que padece España, un cambio fundamental de régimen político, ha sido corroborada por la actitud que sucesivamente han ido adoptando importantes organismos nacionales, desde la enérgica afirmación de la existencia de las Juntas de defensa del Arma de Infantería, frente a los intentos de disolución de esos organismos por los Poderes públicos, hasta la Asamblea de Parlamentarios celebrada en Barcelona el día 19 de julio y la adhesión a las conclusiones de esa Asamblea de numerosos Ayuntamientos que dan el público testimonio de las ansias de renovación que existen en todo el país. Durante los días febriles en los cuales se han producido todos esos acontecimientos, el proletariado español ha dado pruebas de serenidad y reflexión, que tal vez hayan sido interpretadas por las oligarquías que detentan el Poder, como manifestaciones de falta de energía y de incomprensión de la gravedad de las circunstancias actuales".

Pedimos un Gobierno provisional.

El manifiesto terminaba así: "Pedimos la constitución de un Gobierno provisional que asuma los poderes ejecutivo y moderador y prepare, previas las modificaciones imprescindibles en una legislación viciada, la celebración de elecciones sinceras de unas Cortes constituyentes que aborden, en plena libertad, los problemas fundamentales de la constitución polí-

tica del país. Mientras no se haya conseguido este objeto, la organización obrera se halla absolutamente decidida a mantenerse en su actitud de huelga.

Ciudadanos: no somos instrumentos de desorden, como con impudicia nos llaman con frecuencia los gobernantes que padecemos. Aceptamos una misión de sacrificio por el bien de todos, por la salvación del pueblo español, y solicitamos vuestro concurso. ¡Viva España!"

"La huelga no tuvo la amplitud que se esperaba, siquiera alcanzase en Asturias, Vizcaya, Barcelona, Zaragoza, Alicante, etc., gran intensidad. Fallaron muchas organizaciones. Fallaron una vez más los grupos de la pequeña burguesía que con sus gestos y promesas alentaron el movimiento. Los militares salieron a la calle. Atacaron a fondo, con saña, contra los obreros. ¡Gran lección la del 17! Resumen: unos obreros muertos; los centros sindicales y políticos clausurados; las cárceles llenas de compañeros. Marcelino Domingo en un barco de guerra prisionero. El Comité de huelga condenado a treinta años. Condenado, después de haberlos injuriado canallescamente desde el Gobierno hablando de tinajas y colchones utilizados para esconderse, y de millones de duros entregados por distintas potencias extranjeras que se encargaron por lo visto, de financiar el movimiento.

La represión fué brutal. Sin embargo, como se dice en la Memoria presentada al XIII Congreso de la Unión, "afortunadamente, la organización ha salido de la sañuda persecusión, más potente y más robusta de lo que estaba; más consciente y aleccionada para futuras luchas". Así reaccionó la clase obrera, a la que ya se daba por vencida.

¿Y la opinión pública? ¿Cómo reaccionó la opinión pública? Recordemos unas fechas. El Comité de huelga fué sentenciado el 4 de octubre. Hizo crisis ministerial el 27. Gran manifestación en favor de la amnistía el 25 de noviembre. El 3 de enero se disuelven las Cortes. Las elecciones giran en torno a la amnistía. Triunfan seis socialistas. Si el rey premió a Sánchez Guerra con la gran cruz de Carlos III sus atropellos durante la represión, el pueblo, en cambio agradeció con sus votos el gesto revolucionario del Comité. La amnistía se vota el 8 de mayo. El 10 llegan a Madrid y se los recibe apoteósicamente. Del penal, pasan al escaño. Desde el escaño, enjuician el pasado movimiento. No se limitan a defenderse, sino que atacan. Acusan. Denuncian las atrocidades cometidas por el Gobierno y sus instrumentos de represión. Las acusaciones son terminantes. La Cámara designa una Comisión investigadora. Nadie cree en su eficacia;

pero, en el fondo, aquello equivale a votar la censura al Gobierno Dato. Sánchez Guerra. Ya no se atrevía nadie a decir que la huelga había fracasado y que la organización obrera había sido vencida. Nadie. Ni los más osados. Ni siquiera aquellos señoritos policías honorarios que inventó Sánchez Guerra y que ahora, en estos días y en este movimiento, ha resucitado la República de Lerroux-Gil Robles.

Conspiraciones sin masas.

La huelga del 17 quebrantó fuertemente a la Monarquía, que no supo aprovechar la lección democratizándose. Al contrario, ella misma se metió en el callejón sin salida de la Dictadura. y con la Dictadura, comienzan las conspiraciones. La primera surge en 1925. Es puramente militar. El motivo quizá se encuentre en la actuación de la Junta Clasificadora de ascensos mediatizada por el dictador. El descontento une a no pocos militares. Los preside el coronel de Caballería Don Segundo García. Deciden acabar con la Dictadura mediante una sublevación militar. Hay quien los delata. Don Segundo García es condenado a cuatro años de prisión. El capitán Heredia a tres años y un día. Varios sargentos y suboficiales a penas inferiores.

Viene después la "sanjuanada", en 1926. Aunque intervienen ciertos elementos civiles, se trata de un movimiento militar. El mismo manifiesto que redacta Melquiades Alvarez, firman los generales Weyler y Aguilera, y se dirige "A la Nación y al Ejército de mar y tierra"; dice claramente que "el Ejército no puede tolerar que se utilice su bandera y su nombre para mantener a un régimen que despoja al pueblo de sus derechos y que al acumular arbitrariamente en el gobierno la facultad de hacer las leyes y a la vez la de ejecutarlas, encarna, con daño para todos, mediante esta confusión de poderes, el más peligroso de los despotismos".

Weyler, para quien solicitaba el fiscal la pena de seis años y un día, fué absuelto. Al general Aguilera lo condenaron a seis meses. A Don Segundo García a ocho. Al Teniente Coronel D. José Bermúdez de Castro, a seis años y un día. A los capitanes Fermín Galán, Juan Perea y Jesús Rubio a seis años un día. Todos los procesados civiles, absueltos.

Viene luego el movimiento de 1929, en Valencia; al frente del mismo figura un hombre civil: Sánchez Guerra. Decían contar con multitud de regimientos. Sánchez Guerra, a bordo del "Olona" y acompañado de Carlos Esplá, llega a Valen-

cia. En el cuarto de banderas del cuartel del quinto de artillería habla a los militares y paisanos allí reunidos. "Vamos a realizar, les dice, una gran obra: la de devolver a España la libertad. Esa es la verdadera tradición del Ejército, glorioso en las luchas liberales, victorioso en tres guerras civiles contra el absolutismo". Y les leyó el manifiesto que dirigía al país en el que gritaba: ¡Abajo la monarquía absoluta! Se sublevó Ciudad Real. López Ochoa, que estaba en París, se presentó en Barcelona. Queipo del Llano, en Murcia. Hubo muchas condenas, penas de muerte, indultos....

Poco después, en enero del 30, debía estallar otra sublevación: la de los constitucionalistas. Contaban, al parecer, con guarniciones enteras. El Rey se asustó. Dimitió al Dictador y lo sustituyó Berenguer.

Cada una de esas conspiraciones superaba en extensión y en profundidad a sus anteriores. Hasta que llegó la definitiva, la de diciembre del 30. Los republicanos se unieron al fin. Sellaron su alianza en la reunión de San Sebastián. Es el famoso "pacto". Solicitan la cooperaciión de los socialistas, en octubre.

No habrá República sin los Socialistas.

Cada una de esas conspiraciones superaba en extensión y en profundidad a sus anteriores, pero, en realidad, trataban todas ellas de salvar a la Monarquía, sacándola del atolladero en que ella misma se había metido, de acuerdo con el Ejército, para que no se divulgara lo de Marruecos. Por eso, cuantas veces requirieron al Partido socialista —más o menos oficialmente— para intervenir en esos movimientos, siempre se negó. No le inspiraban confianza aquellos señores. ¡Buenas injurias nos han valido todas esas negativas! Sin embargo, demasiado sabían ellos que en España no triunfaría movimiento alguno si no iba apoyado por el Partido y la Unión. Eso mismo dijo Largo Caballero en aquel mitin famoso de Pardiñas, celebrado el 6 de abril de 1930. "Ya habéis visto —dijo— qué política más torpe están realizando aquellos elementos que se llaman avanzados, con la campaña de injurias y calumnias que realizan contra el Partido Socialista y la Unión General. Si quieren la verdadera democracia en España, si quieren la República en España, si quieren lo que España desea, eso no se puede hacer sin el Partido Socialista y sin la Unión General de Trabajadores; no compaginándose bien que esos elementos hagan esa labor para que luego después nos vengan a pedir que vayamos del brazo con ellos".

Así fué. Los republicanos se unieron, al fin. Durante el verano celebraron en San Sebastián el famoso Pacto. En octubre se dirigieron al Partido solicitando nuestra cooperación. Por vez primera se habló de implantar la República. El Partido accedió. Integró el comité revolucionario. Se fija fecha para el movimiento. Sufre un aplazamiento. Vuelve a señalarse fecha. Galan se impacienta y se lanza el 12 de diciembre. El 15, que era el día acordado, se sublevaron los aviadores, se declaró la huelga general y se insurreccionó el pueblo.

Nosotros tuvimos 223 centros obreros clausurados, 952 compañeros en la cárcel, 36 heridos por la fuerza pública, 16 muertos.... La represión fué dura. Trajeron unas banderas del Tercio. Alicante mereció el honor de su visita.

¡También se perdió la huelga! La organización obrera, al decir de muchos, quedó deshecha. Sin embargo, cuatro meses después se proclamaba la República. Si en 1917 se fué del penal a los escaños del Congreso, en 1930 se ha ido de la cárcel a las poltronas ministeriales.

Todavía es pronto para enjuiciar. Hoy no podemos ni siquiera relatar lo sucedido. Sólo puede decirse lo que salta a la vista de todos: que este movimiento es mucho más extenso y mucho más profundo que los anteriores. La revolución de octubre ha sido una verdadera revolución. Las masas no se han limitado a tener fe ciega en el mito de la huelga general. Han ido a la huelga general, pero han ido también a la insurrección armada. La capacidad revolucionaria de las masas ha crecido considerablemente. Sus objetivos se han depurado enormemente. En 1917 se aspiraba a democratizar la monarquía mediante la convocatoria de unas Cortes constituyentes. En 1931 se quería implantar la República. En 1934 se pedía todo el Poder para la clase obrera. Los efectos del movimiento del 17 se hicieron sentir nueve meses después; los del 30, a los cuatro meses justos; los de 1934....

Rodolfo Llopis

La nueva etapa histórica (1)

Por Antonio Ramos Oliveira.
Redactor-Jefe de "El Socialista".

¿Podrá la burguesía territorial española imponerse al proletariado y a la pequeña burguesía democrática después de la Revolución de octubre? Se me dirá que ya se ha impuesto, que la Ceda (Confederación Española de Derechas Autónomas) ha dirigido la represión, que Gil Robles manda y ordena en las Cortes y en el Gobierno. Pero no es eso lo que yo me pregunto. Hablo de imposición en el sentido dictatorial específico y atribuyendo a la dictadura el objeto de crear el nuevo Estado clerical-fascista. Más claro: ¿Está la reacción española en condiciones de intentar la conquista del Poder? ¿Existen los elementos necesarios para que pueda aclimatarse en España una dictadura clerical-fascista como la austriaca? Ni lo uno ni lo otro.

Para intentar la conquista del Poder, copando por entero el Estado, como Mussolini, o como Hitler, o como Dollfuss, Gil Robles tendría que contar con la complicidad de quien otorga y retira la confianza, al igual que aquéllos contaron con el apoyo de Víctor Manuel III, Hindenburg y Miklas, respectivamente. Pero la Revolución es siempre un plebiscito, y la huelga general de octubre en toda España, aun excluyendo la virulencia revolucionaria que se dejó sentir en algunas regiones, fué por sí sola un movimiento de opinión tan extenso y profundo, que un Jefe de Estado no puede desconocer. Ni en su carácter particular de repulsa a la Ceda, ni como voluntad antidictatorial, contra todo género de dictaduras, de las clases laboriosas de España.

A mayor abundamiento, no tendría sentido que les fuera entregado el Poder a quienes no resignarán jamás su monarquismo —monarquismo, no en la acepción formal, sino en cuanto concepción del mundo político, en cuanto "Weltanschauung"— por la persona que en 1930 se hallaba empeñada, con riesgo de su vida y su fortuna, en

(1)—Ultimo capítulo del libro inédito "La Revolución de Octubre".

desalojarlos del Estado por la violencia. Si votos, para qué rejas. ¿Cómo comprender que se ofrezca en bandeja de plata en 1935 lo que se arrebató con sangre en 1931? Si se da el Poder a la gran burguesía territorial con pacífica solemnidad en 1935, ¿para qué se le quitó con sacrificio en 1931?

Ya el hecho de que existan hoy las mismas clases que bajo la Monarquía prueba que no ha habido Revolución democrática. Ahora bien: si no ha habido Revolución democrática, ni se quiere que la haya, ¿para qué vino la República? ¿Valía, en rigor, la permanencia del viejo Estado toda la campaña contra la Monarquía, la Revolución de diciembre, la muerte de una docena de obreros y varios oficiales y soldados del Ejército, los encarcelamientos, las reuniones del Comité revolucionario, los planes programáticos, las ilusiones y los desengaños que invadieron entonces el espíritu de los que pelearon por la Repúbilca? Para lo sucedido, ¿no hubiera sido mejor que algunos señores del Comité revolucionario, luego Gobierno de la República, aceptaran las carteras que les vino a ofrecer Sánchez Guerra, en nombre del rey, a la cárcel? O la República carecía de sentido, o había de representar una desfeudalización de España la transformación de las relaciones entre las clases por la muerte histórica de una de ellas, la clase monopolizadora del territorio nacional, vinculada a la Iglesia; y la reducción de ésta a simple entidad regida por la ley común. Nada de eso se ha hecho. Se ha intentado. Pero se ha intentado sin energía, con grandes vacilaciones, con los brazos atados por el prejuicio jurídico y frente a una burguesía de rapacidad reconocida, que las pocas veces que no proclamó su dictadura la estaba preparando o la ejercía cínicamente, acudiendo a la suspensión de las garantías constitucionales.

Gil Robles es el sucesor de aquellos hombres, y su partido fascista-clerical, la hijuela de aquela política.

Por otra parte, las cosas han vuelto al punto de partida. La Constitución de 1931 y sus leyes complementarias son papel mojado. No rige el Estatuto de Cataluña. El caciquismo es dueño de los campos españoles. La burocracia resulta excesiva y ha sido invadida de nuevo por la soplonería y el favoritismo. En el Ejército reina el descontento, sin que formen hoy en él más republicanos que monárquicos. Los ex ministros de la Dictadura cobran la excedencia. Han sido rehabilitados los generales del Directorio, con Martínez Anido, de tan ingrato recuerdo para los españoles, a la cabeza. La Hacienda ofrece, reducido a las cifras del déficit, igual desequilibrio

—1.028 millones— que bajo Calvo Sotelo. Ser republicano o marxista es un delito. En estado de guerra, cuando no en el de alarma, desde hace más de un año, extendida la dictadura por todo el país, abatidos Diputaciones y Municipios, incluso los de Madrid, y en poder de las fuerzas políticas tradicionales y tradicionalistas de temperamento, ¿no recuerda este mes de diciembre de 1934 aquel diciembre de 1930? Mas siendo tanta la semejanza entre ambas fechas, las separa un abismo. Media una experiencia juridicista, que no democrática, en quiebra, y una Revolución de tal alcance, que para la Historia de España, pase lo que pase en lo sucesivo, termina aquí una época y comienza otra. Desde ahora, octubre de 1934 es un punto divisorio en la trayectoria histórica de nuestro pueblo.

De momento, y para mi modo de ver, la situación actual de España, de la que son pálido reflejo las líneas que anteceden, abre un período constituyente. Bien entendido que no doy a esa expresión el sentido jurídico que le imprimen los abogados. Una nación se constituye en República, por ejemplo, en el papel, pero en el terreno de los hechos puede ser la Monarquía con otro nombre. Así ha pasado en España. El período constituyente del papel sin el período constituyente de las realizaciones prácticas es poco más de nada, no constituye régimen, no crea lo que pretende crear, edifica sobre la arena. Por haberse detenido la pequeña burguesía republicana a hacer la ley para producir una reforma, y no a hacer la reforma para sancionarla con la ley, la República democrática vive sólo en el papel.

He dicho que se inicia un período constituyente en España después de la Revolución de octubre. Se inicia fatalmente. Queda, pues, descartada la idea de que se trata de un deseo mío, de un deseo nuestro, socialista. No. Se inicia independientemente de la voluntad de todos. Son las circunstancias las que plantean en esos términos el problema político.

Las tres clases que hoy pelean en la nación: la gran burguesía retrógrada, la pequeña burguesía republicana y el proletariado, ambicionan el Poder para sí. La gran burguesía territorial (Gil Robles), contra la que luchan, siquiera sea débilmente, la gran burguesía industrial —discursos de Cambó y Ventosa, actitud del nacionalismo vasco—, abraza el ideario y los propósitos del fascismo vaticanista, esto es, la dictadura antimarxista y antidemocrática, con el consiguiente predominio sobre el capitalismo industrial, conforme con la tradición española.

La pequeña burguesía democrática, o sean los partidos republicanos que dirigen el 5 de octubre al país las notas que el lector conoce, quiere el Poder para realizar la Revolución democrática, que no hizo durante el bienio. O lo que es igual, pretende comenzar de nuevo a constituir el Estado republicano democrático. Como durante el bienio fracasó, y, según confesión de la mayor parte de los republicanos, a causa de la juridicidad y los miramientos excesivos, es de suponer que el escarmiento llevará a la pequeña burguesía a establecer, más o menos apoyada en los órganos democráticos, su dictadura. De cualquier modo, la ascensión al Poder de esta clase social supondría el principio de un período constituyente práctico, que respondiera, en definitiva, al espíritu de la Constitución de 1931.

Por último, el proletariado anhela también para sí, como es natural, el Poder. De hacerse dueña del Estado, la clase obrera española implantaría la dictadura socialista.

En consecuencia, si triunfa el socialismo como si triunfa la pequeña burguesía republicana o Acción Popular, la perspectiva que, a mi entender, se ofrece al ciudadano español es ésta: una de esas tres dictaduras acompañada de un nuevo período constituyente. Una y otro habrían de ser relativamente leve y breve en el caso de que el Poder fuera a manos de la pequeña burguesía democrática.

Las anteriores lucubraciones me facilitan la tarea de atar los cabos que dejé sueltos, de intento, al principio de este capítulo. La Ceda sólo puede llegar al Poder, desde el cual se apoderaría del Estado, si el Presidente de la República la autoriza. El Presidente de la República puede, si quiere, dar el Poder a Gil Robles, el Jefe del Estado firma su sentencia de muerte, en el orden político y jerárquico, la de todos los líderes republicanos y proletarios que no logren escapar al Santo Oficio resucitado, y ni que decir tiene, la de la República. Entonces, la responsabilidad histórica del Presidente de la República —que no tardaría en ser sustituído por don Angel Herrera u otro agente del Vaticano—, sería pareja a la de Víctor Manuel III, a la de Hinderburg o a la del santurrón Miklas.

Una vez Gil Robles en el Poder, surgiría el sacrosanto frente patriótico, y el líder populista contaría con el apoyo y el incienso —tan grato a los hombres de sacristía— de Renovación Española, Lliga de Catalunya —que haría las paces con Anguera de Sojo—, Falange Española, tradicionalistas, buena parte de los radicales, etcétera. Porque estos partidos y partidarios satélites están siempre dispuestos a darlo todo por

la salvación de España (léase: la salvación de las tierras, de los Bancos, de las casas, de los automóviles y de las queridas de esos señores) (1).

Magnífico panorama para los terratenientes y para la Iglesia. ¿Pero tiene probabilidades de hacerse real? Todo es posible, según la voz del resignado, en este mundo. ¿Quiere decirse con eso que sea fácil la apropiación del Estado por la Ceda? El trámite elemental, el de formar un Gobierno exclusivamente con los hombres de Acción Popular, supondría la enorme responsabilidad que acabo de señalar, y algo más respecto a su improcedencia en la República que vino a romper el esqueleto megatérico del Estado monárquico.

Es evidente que de ese modo se niega a la gran burguesía territorial el derecho a adueñarse de la República. Y así no se hace otra cosa que subrayar la misión histórica de la República democrática. Los republicanos tienen que comprender que su régimen, instaurado con sangre o sin ella, es una Revolución o no es nada. Mas, entiéndase, una Revolución social, como lo son todas las revoluciones políticas. ¿Y qué derecho puede esgrimir una clase social frente a la Revolución que se propone destruirla? Frente a la Revolución no hay derechos. O la Revolución no es Revolución.

Gran sorpresa hemos de experimentar, por consiguiente, al oír que algunos republicanos adversarios de que se entregue el Poder a Acción Popular, condicionan su veto con palabras de este cariz: "en tanto Acción Popular no triunfe en las urnas con bandera republicana, como organización republicana". Afirmada tan errónea premisa, los republicanos de referencia contemplarían sin protesta la entrada de Gil Robles por la puerta grande del Estado republicano, a sabiendas de que la República no es sólo forma, sino fondo, y de que con los grandes terratenientes en el Gobierno antes dejará la República de ser República que los grandes terratenientes dejen de ser grandes terratenientes y los clericales dejen de ser clericales. (Res-

---

(1)—Actualmente —en febrero de 1935— se hallan en plena discordia los distintos grupos políticos de la clase dominante. Confieso que no sospechaba semejantes hostilidades. Pero sería ligereza imperdonable que nos hiciéramos excesivas ilusiones sobre la división de las derechas. El clero, que hizo la fusión de legitimistas y orleanistas —nada menos— en Francia, unirá de nuevo en España a todas las ramas enemigas de la República auténtica.

Por su parte, Cambó reniega de la dictadura. La confesión es, desde luego, sincera en él, puesto que la apoya en un argumento de raíz económica: que resultaría cien veces más cara que la de Primo de Rivera.

pecto del socialismo, la posición de la pequeña burguesía democrática no tiene forzosamente que parecerse a su actitud en relación con la gran burguesía, porque, aunque el auténtico socialismo es dictatorial, jamás puede ser sospechoso de monarquismo, esto es, de propugnar una restauración, y porque "no se emancipa la clase trabajadora sin emancipar a su vez a la sociedad entera de toda opresión y de toda injusticia").

Apellídece como se apellide, llámese partido agrario, o Acción Popular, o Confederación de Derechas Autónomas, la organización u organizaciones de los monopolizadores del suelo nacional, serán siempre monárquicas y feudalistas. Jamás podrán ser republicanas. ¿Qué reclaman el Poder mostrando una victoria electoral resonante? Bien. Para un republicano, ¿qué quiere decir eso, sino que no existe la República, porque los dueños del territorio nacional —reducida minoría de holgazanes— siguen esclavizando política y económicamente a millones de infelices? ¡Ah! El argumento de los votos con el cual pudieran exigir el derecho a gobernar la República los hombres de la Ceda se vuelve contra ellos. Y de tal guisa, que un republicano consciente vería en él la razón más poderosa para no entregarles el Poder. En caso de que los representantes de la España feudal se quejaran de que, a pesar de sus lucidas votaciones, se les negaba el acceso a la gobernación del país, el deber de todo republicano consiste en atajarles: "No a pesar de eso, sino por eso mismo".

¿Respecto a la legalidad? La ley es un factor subjetivo. ¿Cuándo se la viola? ¿Cuándo se cumple? El Comité revolucionario de 1930 dirigió la Revolución contra quienes llevaban a España a la ruina, y al pueblo a la degradación. ¿Han desaparecido las clases sociales y los individuos que gobernaban en 1930? Está claro que no. Al contrario, viven y se disponen a apoderarse del Estado. ¿Acaso ha llegado algún republicano a la absurda conclusión de que los que no eran dignos de regir a España bajo la monarquía son dignos de gobernarla bajo la República? ¿Se ha pensado, tal vez, que es lógico derribar algo revolucionariamente, contra la ley, para darse el gusto de hacer una ley que permita resucitar lo derribado?

Teniendo presente lo que es la República y lo que deben ser los republicanos en el concepto clásico establecido por la Revolución francesa del siglo XVIII, la República española, con sus flecos socializantes, no puede permitir que se apoderen de ellas los señores de horca y cuchillo que capitanean Gil Robles y Martínez de Velasco. Las circunstancias vinculan, en los días actuales, en un hombre, en el Jefe del Estado,

la decisión sobre los rumbos históricos de España. La Constitución deposita en manos del Presidente de la República el futuro del país. Con el compromiso de presidir elecciones generales legislativas, previa disolución de las Cortes, el Jefe del Estado da el Poder, si así lo considera conveniente, a la pequeña burguesía republicana, o a los socialistas, o a la Ceda. Por lo que atañe a los dos primeros grupos, es forzosa la renovación del Parlamento actual, puesto que carecen allí de mayoría. En cuanto a la Ceda, cabe suponer que, de obtener el Poder, podría seguir gobernando con las actuales Cortes, aunque no puede asegurarse. En caso opuesto, también podría presidir las elecciones generales y hacerse con una mayoría parlamentaria ficticia, que cohonestara ante la nación la subsiguiente dictadura clerical-fascista.

Existen serios motivos para dudar que la Revolución de octubre desemboque en una situación política cedista. La Revolución de octubre, contra lo que es frecuente en la Historia, ha detenido, sin duda, el peligro fascista, que antes de octubre aparecía inmediato. Por ese motivo la entraña nacional se conmovió hasta en sus fibras últimas. Y si tres ministros de la Ceda producen una reacción revolucionaria tan fuerte y tan profunda, sin ejemplo en la Europa contemporánea, piénsese el estrago que haría un Gobierno gilroblista completo. Quizá no surgiera una Revolución tan virulenta, de no disponer el proletariado de medios abundantes de combate, pero no puede negarse que haría época semejante pacificación de los espíritus.

Por otro camino que no sea el de la filtración legal, no intentará el fascismo vaticanista llegar al Poder. Los jesuítas no se sublevan, se filtran con sus peculiares maneras. Es lo bastante inteligente Gil Robles para que fíe su victoria a la aventura de un golpe de fuerza. Y mucho menos careciendo como carece de masas obreras. En cuanto a los pronunciamientos militares todo hace suponer que se han acabado. El fracaso de la insurrección de agosto de 1932 tuvo la virtud, entre otras, no aprovechadas, lamentablemente, por quienes se encontraban en el Poder, de ser, con toda verosimilitud, el primer pronunciamiento en la República y el último en España. Si se hojea la historia de los golpes de Estado españoles del siglo XIX y de lo que va del XX, obtendremos la confirmación de esta gran verdad: los generales reaccionarios han ido siempre sobre seguro. Martínez Campos, en Sagunto y Primo de Rivera en Barcelona, se "pronunciaron" sin riesgo de perder a la carta que jugaban. El primero restauró la monarquía de acuerdo, tácitamente, con los republicanos y con el país. El segundo se sublevó alentado por Alfonso XIII. Como

un presidente de la República no dé permiso para que se alce en armas contra el Gobierno uno de esos bizarros generales que acostumbran a toser fuerte para aparentar una fiereza de que carecen, no hay cuidado de que se mueva un jefe del Ejército, y si se mueve sin la complicidad del Jefe del Estado, hará el ridículo. Con la escolta presidencial le basta y le sobra al Presidente de la República para aligerar las intenciones salvadoras de los caudillos de viejo cuño y estampa ochocentista (1).

Gil Robles lo sabe. No puede ignorar que el golpe de Estado de 1923 fué preparado por el rey y tenía ambiente. Hoy no tiene ambiente ningún salvador espontáneo, y respecto del actual Jefe del Estado, que puede equivocarse, como se equivocó en la resolución de la crisis de octubre, nadie que le conozca afirmará que es capaz de tramar una conjura y abandonar el régimen, sabiéndolo, a una situación de fuerza.

Pero si una idea personal de la República moviera al señor Alcalá Zamora a colocar a Gil Robles al frente de un Gobierno —hipótesis increíble por ahora—, ¿qué experiencia fascista le sería dable realizar a la Ceda, con un pueblo de uñas? ¿Dónde está la "Heinwehr" que había de apoyar a Gil Robles? ¿En qué nacionalismo se sustentaría para crear nada menos que un nuevo Estado? ¿Qué argumentos centelleantes podría enarbolar para mantener en torno suyo el fuego sagrado, como Hitler y Mussolini? Con gran perspicacia reconoce el jefe de la Ceda la situación cuando, en las declaraciones a "La Vanguardia", de Barcelona, habla así, retrucando a los enemigos de los partidos políticos. "Los que pretenden destruirlos, hablando de superarlos, deben pensar si primero no hay que robustecer y encauzar lo que, en el orden de las actividades sociales, apenas tiene conatos de verdadera vida orgánica". Aquí se muestra Gil Robles, otra vez, consecuente con sus designios, pero reconoce su debilidad. No defiende a los partidos políticos, es decir, a la democracia burguesa. De buena gana los aboliría. Mas se encara con Primo de Rivera y con Calvo Sotelo y les dice de modo implícito: Estoy conforme con vosotros en la necesidad de clausurar las Cortes y establecer la dictadura. Sólo quiero que me digáis cómo podremos hacer eso sin masas populares nuestras y sin los sindicatos fascistas, potentes y bien trabados, que substituyan, en nuestro Estado antimarxista, a los partidos políticos.

---

(1)—El Presidente de la República española podría decir lo que dijo Mac Mahon ante el rumor de que el conde de Chamborel preparaba un golpe de Estado: "Que no se arriesgue; los fusiles se dispararían solos".

Con la solución de la crisis ministerial de octubre sonó la media hora de la Ceda. La experiencia se ha acreditado de peligrosa. Hable por todos, si no, España entera. Pero antes que la hora completa de la política feudo-clerical, va a sonar, creo yo, nuevamente, la hora de la pequeña burguesía democrática, la hora de los republicanos, la hora de los partidos que lanzaron sus mensajes al país cuando sonaban los primeros tiros de la Revolución.

Una razón de conveniencia circunstancial llevó a esos partidos a rectificar la airosa postura que adoptaron ante la tormenta social del otoño. En las Cortes y en la prensa cantaron todos, con gesto más o menos digno, la palinodia. Condenaron acremente el movimiento revolucionario. Tenían que hacerlo así para no cegar las vías constitucionales que habrían de recorrer si querían llegar al Poder. Todos, como regidos por igual consigna, se declararon incompatibles con los órganos de la República mixtificada. Luego, vencida la Revolución, se volvieron atrás. Habían quemado las naves en un arrebato de sinceridad y de orgullo. Desafiando la humillación, se acogieron a la conveniencia. Delante de sus enemigos construyeron otras naves, de nueva factura, con los materiales de la retractación.

No creo que esté mal lo hecho por los republicanos. Su ruptura con las Instituciones del régimen colocaba al Jefe del Estado, huérfano de asistencia en el campo radical-cedista, en una situación dificilísima. Jamás se halló un hombre de tal jerarquía más sólo que el Presidente de la República española en octubre de 1934. Obviemos el tema ante la imposibilidad de señalar al culpable o a los culpables. Pero lo que va dicho, cierto es. Y los republicanos, que tenían conciencia del alcance de su acto acusatorio, no tardaron en situarse junto al Jefe del Estado. De un lado, por no perderlo todo, y de otro, por un explicable sentimiento, que si en la mayoría es la inclinación a la solidaridad con el fuerte, en unos cuantos era la solidaridad hacia el amigo de días bien señalados.

Vencida la Revolución, los republicanos carecían de la facultad de optar, pues sólo se les ofrecía, para escapar al suicidio, una puerta: la de la República, con todas sus falsificaciones y defectos y con todos los huéspedes de mala catadura que lograron introducirse en ella. Hicieron bien preparándose el terreno para reconquistarla. Debelaron en público, ciertamente, a la Revolución. Pero en su fuero íntimo ningún republicano auténtico la condenaba. Las ventajas inmediatas del movimiento revolucionario las recogerán ellos, a buen seguro, por rápido desgaste de la alianza Lerroux-Gil Robles y por exalta-

ción de la pequeña burguesía republicana y de esa especie, tan abundante en la zoología política española, que se cuelga de todas las carrozas de los triunfadores en perspectiva. Además, justificado el acontecimiento histórico de octubre en la conciencia de los republicanos, según demuestran sus notas, ninguno puede condenarlo sin traicionarse.

No somos pocos los que prevemos para pronto la reconquista, como ellos dicen, de la República por la pequeña burguesía democrática, que ya la gobernó, poniendo en práctica sus vacilantes soluciones, con su lento y temeroso estilo, y vaticinamos resueltamente un nuevo y último fracaso de los republicanos. Por lo que a mí toca, confieso que no confío en la mayoría de los hombres que están al frente de los partidos republicanos democráticos. Y conste que reconozco que no se les puede exigir una política socialista. Lo que se les pide, por consiguiente, es que se sitúen a la altura de su misión histórica como clase oprimida por la gran burguesía. Con otras palabras: que realicen a fondo la Revolución democrática. Objetivamente, el obrero más revolucionario no puede esperar más de los republicanos, pero tampoco menos. Un republicano que lo sea de verdad ha de comprender que la República no ha pasado aún de aspiración. (Ocurren cosas formidables: en estado de guerra, Calvo Sotelo y demás ex gobernantes de la Dictadura, publican un manifiesto contra la República, manifiesto que reparten en camiones, por Madrid, los jóvenes monárquicofascistas).

Es deber, pues, les asigna una tarea: instaurarla. Implantar la República, después de la experiencia del bienio, entraña adopción en métodos distintos a los ensayados. Supone la guerra implacable de la pequeña contra la gran burguesía, el desarme económico de ésta, la dictadura republicana sobre los dueños de la riqueza en gran escala. Pero vuelvo a declarar que la pequeña burguesía es una clase indecisa y vacilante por naturaleza. ¿Se atrevería ahora, si llegara al Poder, a imponer la Revolución que nos hizo? A creer a los republicanos, tendríamos que contestar afirmativamente. Todos están dispuestos a no reincidir en los errores del bienio. Todos parecen decididos a ganar la partida. Han sufrido malos tratos, insultos soeces, humillaciones. Los siguen sufriendo. Han visto escarnecidos sus nombres y su obra, en la que tanto cariño pusieron algunos y a la que nutrieron de ingenuidad y de respeto para los enemigos que se sentaban a su derecha. En resumen: los republicanos se han radicalizado. Se dan cuenta de que la República no existe. Estiman defectuosa la Constitución, aunque en sentido contrario que Gil Robles. Más de

una vez ha respondido Martínez Barrio al jefe de la Ceda, cuando el jefe de la Ceda recordaba que ellos —los agrario-vaticanistas— son revisionistas de la Constitución: "Y nosotros también". En su último discurso de Barcelona, Azaña expuso un programa revolucionario en el que figuraba el reparto de la tierra entre los campesinos. En fin, es indudable que los republicanos piensan, para el caso de que vuelvan al Poder, en la reforma real, no verbalista ni papelera, del Estado. Piensan, pero ¿la harán? Un par de hombres dispuestos quizá no falten entre ellos, después de lo pasado. ¿Conseguirán vencer los obstáculos exteriores, si es que han vencido ya prejuicios y temores propios?

No hay que olvidar que España saldrá, al cambiar la situación política en dirección a la izquierda burguesa, de una dictadura. Han de constituirse los Municipios, las Diputaciones provinciales, las Cortes; todo de nueva planta. Igual que al derrumbarse la monarquía. Ninguna elección popular convocada por los radicales o los cedistas o por la coalición de unos y otros tendrá fuerza de obligar. En tanto no desaparezcan las circunstancias dictatoriales que imperan desde noviembre de 1933, ni los partidos republicanos ni los partidos obreros deben ir a las elecciones. No irán, por supuesto. La situación es muy parecida a la que privaba en los últimos meses de la monarquía, con la diferencia de que el conde de Romanones era más de fiar, él, primer muñidor electorero, que radicales y cedistas.

Ya sé que habrá quien, al leer estas líneas, se disponga a interpelarme: "¡Ah! ¿Pero usted quiere que haya elecciones? ¿No cree usted que el proletariado debe inhibirse en las luchas electorales y lanzarse de nuevo a la Revolución? ¡Hombre tiene gracia: ir a la Revolución para acabar votando en las urnas!" Me adelanto a esas objeciones, pues las veo venir. En primer término, yo no quiero ni dejo de querer que haya elecciones, ni mi opinión puede modificar el curso del proceso histórico que se abre con la Revolución de octubre.

Uno no puede acomodar el curso de los acontecimientos a sus deseos después de una Revolución vencida. Hay que preguntarse: ¿Qué va a pasar ahora? ¿Cuáles serán las consecuencias mediatas cercanas del movimiento de octubre? Y hay que responder a esas preguntas. Para mí, la Revolución española, por razones de índole diversa, da el Poder, al fracasar, a la pequeña burguesía democrática, a los republicanos. Se lo dará seis, diez, doce meses más tarde. Y con esta convicción examino el problema de la pequeña burguesía democrá-

tica otra vez en el Poder. (Lo que mejor define a la Revolución española en relación con la italiana de 1929, la alemana de 1933 —la Revolución que no existió— y la austriaca de 1934, es que sólo la española tiene los caracteres de una Revolución vencida que no supone, al propio tiempo, la derrota del proletariado, esto es, que no desemboca en el fascismo).

Examinado el problema de la pequeña burguesía otra vez en el Poder, hemos de ver cómo y por qué puede llegar a él. El porqué y el cómo estaban claros. Ha habido en el país un movimiento nacional de opinión en contra de la gran burguesía clerical. Los obreros han peleado en las calles, los republicanos se han alzado, a su manera, junto a los obreros. Unos y otros constituyen la mayoría del país. Lógico es, en la República burguesa, que el próximo cambio de política favorezca a la parte de opinión protestante más conservadora.

¿Cómo pueden los republicanos colocarse de nuevo al frente de los negocios públicos? He aquí, ahora, por qué me referí a la prueba del sufragio universal. La cuestión de las elecciones se halla íntimamente ligada con la cuestión del Poder para los republicanos. Porque el único camino que se les insinúa a los partidos del régimen para gobernar es la voluntad presidencial. Pero la voluntad del Jefe del Estado está limitada, sin remedio, por la Constitución. El Presidente de la República, de acuerdo con el artículo 75 de dicho Código, nombra y separa libremente al presidente del Consejo de ministros. ¿Carece el nuevo Gobierno de mayoría en las Cortes? En tal caso, para que el Gabinete republicano continúe en el Poder es forzosa la disolución del Parlamento. Y disuelto el Parlamento, han de verificarse las nuevas elecciones dentro de los sesenta días siguientes, conforme dispone el artículo 53 de la Constitución. Elegido el nuevo Congreso, "habrá de reunirse a los treinta días, como máximo, después de la elección".

Cartas arriba. Los republicanos piensan no recaer, si gobiernan, en los errores pasados. Pero una cosa es querer y otra poder. "Haremos esto y lo de más allá", dicen. Entendido. Supongamos que ya están en el Poder. A las Cortes no pueden ir. No disfrutan en ellas de una mayoría que les sostenga. La disolución es inevitable, disuelto el Parlamento, ha de verificarse nueva consulta popular. Los republicanos se encuentran con todos los organismos del Estado en poder de los monárquicos. Si aspiran a obtener una votación que les permita no abandonar el Gobierno, tienen que comenzar desmontando todos los Ayuntamientos, todas las Diputaciones y todos los tinglados y tingladillos que se han levantado durante las dictaduras embozadas de Samper-Gil Robles y Le-

rroux-Gil Robles. Han de fabricarse, además, una mayoría por los procedimientos tradicionales. Contando con una reacción republicana fuerte, todo lo fuerte que quepa imaginarla, no es verosímil que la pequeña burguesía democrática recupere la representación parlamentaria que tuvo en el primer Parlamento de la República, y recuérdese que aun entonces, necesitó el apoyo de los socialistas.

Mas lo que se trata de averiguar es si los republicanos son capaces de sobreponerse a los escrúpulos juridicistas que en otra ocasión les ataron las manos. Dispuestos a hacer la Revolución democrática, no ha de faltarles modo de justificar legalmente su dictadura contra la Iglesia y la gran burguesía, en el caso de que no se atrevan a imponerla sin recato. Año y pico llevamos los españoles bajo una dictadura sin freno, lo que no impide que los ministros y gobernadores de Lerroux y Gil Robles afirmen todos los días que se limitan a cumplir la ley.

Ya en el Poder por la voluntad presidencial y con el compromiso de presidir unas elecciones generales, los republicanos tienen menos de noventa días —desde la disolución de las Cortes hasta la reunión del nuevo Parlamento—, para adueñarse del Estado y preparar la Revolución democrática, desfeudalizando y desclericalizando a España. En esos tres meses han de vencer a las clases adineradas con medidas que hagan luego inútil su resistencia. Para ello, les sobraría gobernantes inteligentes con la Constitución de 1931.

Tarea como la enunciada representa la guerra de muerte de los republicanos contra los monárquicos, el desarme económico de los propietarios feudales y de la Iglesia, muy rica aquí en bienes. No se olvide que mientras exista una burguesía como la española, existirá una Iglesia influyente. La batalla de los republicanos para salvar la República tiene que ser en España una repetición de la de Méjico. Los enemigos de la República española, son los enemigos de la revolución mejicana: el terrateniente y la Iglesia católica, aliada del terrateniente y terrateniente también. Para vencer a la Iglesia y la burguesía territorial —en Méjico eran, en rigor, una cosa y la misma— el general Calles se sirvió de un arma: la Constitución de Querétaro, promulgada en 1917. Con esta Constitución, no más democrática ni mas revolucionaria que la española, los demócratas mejicanos han defendido a su país contra la piratería eclesiástica y contra la voracidad yanqui.

Pero ¿dónde está nuestro Calles? Pudiera serlo Azaña, en un nuevo avatar. Un Calles sin la rudeza del mejicano,

un Calles literato, sin la voluntad testaruda y enérgica, campesina, del otro. Pero la hora de los republicanos, ¿será la hora de Azaña? Tal vez no. Al echarse sobre él para destrozar al político, la reacción supo lo que hacía. Si lo ha conseguido o no, es algo que aún hemos de ver. En todo caso, parece comprobado que en el republicanismo español sólo un hombre podría afrontar la dirección de la Revolución democrática: Manuel Azaña.

Conociendo a los republicanos españoles se duda de que, si se les ofrece la coyuntura revolucionaria, lleven a cabo lo que constituye su misión histórica. Yo pienso, si la disposición de ánimo que exteriorizan y sus designios reconquistadores no tendrán más valor que el de cualquier otro desahogo verbalista. En cuanto clase, desconfío, la verdad, de ellos. En cuanto figuras, apenas cuento tres en condiciones psicológicas e intelectuales de acometer la empresa de implantar la República. Nuestros demócratas no son ni mejores ni peores que los extranjeros. Y como los de fuera, suelen temer más a la dictadura propia que a la ajena..., no siendo la socialista. Les ocurre lo que a los reformistas del socialismo.

La propensión al expedienteo burocrático y a la fundación de organismos de nombre rimbombante y ninguna eficacia, hacen de la pequeña burguesía democrática en el Poder una clase poco decidida. Pero pretender consumar una Revolución sin trastornos en la economía, sin solución de continuidad, pacíficamente, como se pasa de una montaña a otra sobre un puente de hormigón y en suntuoso automóvil, es una equivocación manifiesta. Una Revolución es tanto más profunda y efectiva cuanto mayores dislocaciones produce en la economía. Para que la subversión sea auténtica, precisa romper los moldes de la sociedad que se quiere abolir. Cuando los republicanos exhiben con orgullo el tránsito suave de la monarquía a la República, no advierten que de ese modo definen la fugacidad de su obra. "La Revolución —ha dicho Trotski— crea miseria". Y toda Revolución que se detenga en consideraciones de orden subalterno y quiera dominar a la clase o clases enemigas sin destruirlas, por miedo a turbar la paz social, nace muerta.

Por lo mismo que la Revolución crea miseria de momento, es indispensable que quienes la intenten permanezcan en el Poder el tiempo necesario para realizar sus propósitos transformadores, ahuyentando el peligro de que al amparo de la insatisfacción general —insatisfacción transitoria, que desaparece con el nuevo orden de cosas— levante cabeza el sector contrarrevolucionario.

De que realice o no la pequeña burguesía democrática su Revolución; de que se produzca el desplazamiento de la gran burguesía a la oposición, de que continúe en el Poder, como ahora, o se adueñe totalmente del Estado; de la rapidez con que reconstruya sus cuadros sindicales y políticos, de todo eso y de otras condiciones aleatorias pende, naturalmente, la actitud que deba adoptar el proletariado español en el primer recorrido de la nueva etapa histórica.

Es de dominio público que no tardará en despuntar una formidable reacción de la izquierda. A los partidarios antifascistas corresponde darle cauce. ¿Pero podemos conformarnos con saber casi con seguridad absoluta que esa reacción de izquierda será arrolladora? No basta que el pueblo español se ponga de nuevo en pie, como el 14 de abril de 1931.

Es indudable que, vencida la Revolución de octubre, desaparece una situación revolucionaria. Lo prueba el fracaso de las huelgas generales de Zaragoza y Barcelona en noviembre de 1934, declaradas por el anarcosindicalismo como protesta contra las ejecuciones de León y Gijón. Estos conatos de huelga sirvieron al Gobierno radical-cedista para justificar la prolongación del estado de guerra sin ninguna ventaja para la causa del proletariado. La desaparición de la situación revolucionaria coloca a la clase trabajadora en una posición defensiva. Creer que los obreros van a estar en seguida en condiciones de afrontar una lucha con las fuerzas del Estado, es una ilusión de infantilismo revolucionario. Antes de que pueda pensar el proletariado español en el empleo de la violencia, ha de sacar de las cárceles a los **cincuenta mil presos** políticos y sociales, ha de rehacer sus organizaciones de clase, ha de organizar la toma del Poder y, todavía, ha de esperar que surjan, si no existen, determinadas circunstancias favorables a la Revolución.

En algún tiempo la clase trabajadora de España tiene una doble tarea que cumplir: estar avisada de la marcha y las maniobras del fascismo y reconstruir sus instrumentos de lucha con la mayor rapidez posible. Repito que hablar ahora de "hacer la Revolución" es un deplorable desatino demagógico. Por razones que ya he expuesto, sólo la pequeña burguesía puede hablar de ella, y de la suya, de la reconquista de la República. Como Marx después del 48 en Alemania, hay que decir a los ultraizquierdistas: en ese terreno no es eficaz intentar nada, vencida la Revolución de octubre. Y, una vez que renazcan todas las organizaciones de clase de los trabajadores, más potentes, sin duda, que en vísperas del mo-

vimiento pasado, únicamente podrá hablarse de Revolución en este caso: si los republicanos fracasan de nuevo en el Poder. Entonces, sí, de no atreverse la pequeña burguesía a dar la batalla al fascismo, surgirá una nueva coyuntura revolucionaria, que deberá utilizar el proletariado en provecho propio.

Como antes de octubre, el destino político de la pequeña burguesía republicana y el de los jornaleros han de ir unidos, queramos o no, mientras la gran burguesía esté en el Poder, más o menos frenada por la fracción de sentido republicano del partido lerrouxista. Por eso la idea, en marcha, de construir un frente antifascista que abarque a todos los partidos de "izquierda", desde el republicano conservador al anarquista, se acompaña del acierto. Mientras no gobiernen los republicanos, una tácita alianza política entre ellos y los trabajadores es la postura inteligente por parte de unos y de otros. En este período defensivo, que no durará, probablemente, ni un año, los intereses políticos del proletariado coinciden otra vez, como en los últimos meses de la monarquía, con los de la pequeña burguesía democrática. Pero se entiende que sería un error prolongar la alianza proletario-republicana más allá de la etapa defensiva. Esto es, frente al fascismo, un frente de lucha —en el Sarre pelean juntos contra el hitlerismo, socialistas, comunistas y católicos—lo más extenso posible. A la hora de construir, al contrario que en el bienio, los trabajadores no deben ya comprometer sus intereses y su responsabilidad de clase en la política de la pequeña burguesía.

En el supuesto de que ningún acontecimiento imprevisto estorbe la vuelta de los republicanos al Gobierno, dicho está que las circunstancias no serán las de 1931.

El proletariado español ha hecho en octubre de 1934 su primera salida de clase por la conquista del Estado. Precisamente, lo que distingue de modo esencial nuestra Revolución de octubre de las demás subversiones habidas en España, es su impronta de clase, el designio revolucionario de los trabajadores de ganar el Poder para sí.

Las alianzas obreras son los órganos de frente único proletario. Fomentarlas y perfeccionarlas hasta convertirlas en el instrumento idóneo de la Revolución es una de las labores a que ha de entregarse con entusiasmo la clase oprimida de España. Los comunistas preconizan el partido único, que sea uno solo el partido de la Revolución. La idea, digna de alabanza, me parece, sin embargo, muy idfícil de realizar. Fundir a comunistas y socialistas en un solo partido acaso fuera tarea, aunque espinosa, hacedera. Fundir a marxistas y anarquistas en un núcleo único me parece una aspiración utópica.

Las alianzas obreras pueden llenar las exigencias de los más encariñados con el frente único. Han nacido bajo el signo de la Revolución de octubre. Y no han fracasado. No hipotecan la libertad de ningún partido en el área de la táctica. Su misión, por lo concreta, tampoco da lugar a frecuentes y largas discusiones susceptibles de enconarse. Las alianzas obreras son, de consiguiente, no sólo la expresión del frente único proletario, sino también su garantía.

De cara al porvenir, el proletariado español no olvidará la gran experiencia de octubre. Es la primera vez que denuncia su ambición de clase con las armas en la mano. En 1917 las utilizó para derribar a la monarquía. Arduo problema el de calibrar en qué medida desarticuló aquel movimiento el pedestal del trono borbónico. Pero sí cabe sostener que en 1917 recibió la monarquía española el primer golpe serio. Se lo asestó el partido socialista. La Revolución de octubre representa, a todas luces, el primer golpe serio que asesta la clase obrera española al régimen burgués. ¿Tendrá consecuencias paralelas a las que se derivaron de la Revolución de agosto del 17? Destruir un sistema económico requiere esfuerzo mucho mayor que derrocar un sistema político. Mas, tarden lo que tarden los oprimidos españoles en triunfar, la futura revolución está ya contenida en la de 1934. El Estado socialista, la dictadura del proletariado, vive, alienta, cobra formas y perfiles en la Revolución de octubre, como la Revolución y el Estado rusos de 1917 anidaban ya en la Revolución de 1905.

La burguesía ultrarreaccionaria del sur y la burguesía reaccionaria del norte tienen motivos para temblar. Ha sido vencida la Revolución, pero —insisto— no ha sido derrotado el proletariado. Hubiera escapado peor la masa trabajadora y no tendría por qué arrepentirse. Es tan grande y tan hermoso lo que ha pasado en el norte de España, que en lo sucesivo la burguesía española no podrá blasonar de que vuela alto, porque lleva un tiro en el ala.

Con los horrores de la represión, con el fracaso, con los maritrios y las villanías, con todo lo que han sufrido las legiones productoras, si, conociendo el desenlace, tuviera que ir de nuevo el proletariado, en las circunstancias de octubre, a la Revolución, ganaría un mundo repitiendo lo que hizo y lo perdería renunciando a la lucha.

Bien lo saben los explotadores, para quienes, si es cierto que la Revolución ha sido sofocada, no lo es menos que la guerra de clases sigue su curso en España. El verdugo ha res-

tablecido el desorden. Pero la seguridad de que es el desorden lo que ha quedado restablecido, afirma en la conciencia proletaria la suprema razón de continuar la lucha, y en el espíritu de las clases dominantes justificado temor al porvenir.

Cárcel de Madrid.

Diciembre de 1934.

Antonio Ramos Oliveira.

ACLARACION

Hacemos tres justas aclaraciones que impensadamente omitimos en nuestro número anterior:

1º—El artículo titulado "Historia del 1º de Mayo" tiene por autor a Alexander Trachtemberg.

2º—Las caricaturas fueron tomadas del interesante periódico proletario "Daily Worker".

3º—Las fotografías de las manifestaciones obreras en New York las debemos a una exquisita gentileza del mismo periódico "Daily Worker" quien por intermedio de nuestro corresponsal en la ciudad de New York, A. García Díaz, nos envió las matrices para los clichés.

Hechas estas aclaraciones, rogamos a los editores de "Daily Worker", acepten nuestro agradecimiento sincero.

¡Barco a la Vista!

(Especial para Futuro)

DE pronto, por el mar, sube, baja un sonido,
un débil silabeo de garganta cortada,
un son, un eco turbio de cuerpo dividido,
de párpados, de lenguas, de pulsos y de nada.

No sé quién me persigue poniéndome estos muros,
este tribunal falso y esta luz de condena,
quién hace que las olas abran cuartos oscuros
con hombres que en su fondo los hunde una cadena.

Signos de nuevos crímenes se escuchan en el viento
y la sangre parece que intenta ser bahía
y que la estudia rodar con otro acento
y cosechar la tierra más muertos todavía.

Era triste ir bajando sólo oyendo hendiduras,
relámpagos de hachas y un abrir y cerrar.
La vida era la muerte, y el resto, cerraduras.
Y vi una cruz gamada ensangrentando el mar.

ALERTA DEL MINERO

(Asturias, 5 de Octubre)

.....eh, eh, eh!
LOPE DE VEGA

DE la mina salgo, amigo,
de la mina, compañero.
Soy minero barrenero.
Ven conmigo.

Al álamo aquel que baja
lento, por el monte, dile
que se dé prisa y vigile
tu pobre choza de paja.
También cuidará del trigo
que te hurtaron los señores.
Ven conmigo.
¡Venid todos los pastores!

¡Eh, muchacho! ¡Los corderos!
Los apacienten los pinos,
¡y vengan los campesinos,
que llegan los ingenieros!
¡Las mulas, eh, los carreros!
¡Eh, los carros!
(Quien se interpone, lo quita
a golpe de dinamita
la lumbre de los cigarros).

De la mina salgo, amigo.
Ven conmigo.

Hoy cuide el pez de los remos
de la barca pescadora,
que ya nos llegó la hora
de ser lo que ser debemos.
¡Cargadores, descarguemos
de su carga al enemigo!
¡Eh, pescador, ven conmigo!

—¡Voy contigo!

Vengan las mozas viriles
y sufra enterrado el miedo,
que ya las torres de Oviedo
tiemblan de ver los fusiles
en manos de nuestra gente.
¡Corre y vente!
¡Hasta el viento está conmigo!
¡Sigue la roja corriente!

—¡Voy contigo!
—De la mina salgo, amigo.

Balada de los Dos Hermanos

DOS caminos,
hermano,
dos caminos:
el derecho,
el izquierdo.
Míralos.

Pero tú te marchaste con los santos,
con los viejos arcángeles,
las engañadas vírgenes
y los hombres extáticos.
El oro imaginario de los cielos
se convirtió en el oro de los bancos.
Las alas de los ángeles se volvieron cuchillos,
y tú,
hermano,
un rico militante reaccionario.
Que la Iglesia te premie,
que te premie el Estado,
que el Papa
ponga su pie al alcance de tus labios,
que los terratenientes
te nombren esquirol de sus sembrados,
que los obreros y los campesinos
te cuelguen de una estaca como un espantapájaros.
Así tu muerte hará crecer sus trigos.

Dos caminos,
hermano:
el derecho,
el izquierdo...

Hacia tí avanzo yo desde este lado.

Rafael ALBERTI.

BREVE ENTREVISTA CON EL POETA

Rafael Alberti,

Y CON LA ESCRITORA

María Teresa León

(Especial para **"Futuro"**).

Hace pocos días estuvieron en nuestra redacción los literatos españoles Rafael Alberti y María Teresa León.

Breve visita ésta, y agradable rato de charla, de la que obtuvimos una viva impresión de lo que acontece actualmente en España.

El y Ella, efectúan actualmente una jira por el mundo, con el objeto de dictar una serie de conferencias por las que den a conocer la realidad exacta de la lucha social en la tierra hispánica.

La personalidad de nuestros visitantes es ya bastante conocida en las lides proletarias y en el mundo de las letras, por las varias obras de teatro y de versos de él, y por los varios tomos de cuentos infantiles de ella y sus colaboraciones en distintos diarios europeos.

Juntamente con otros escritores revolucionarios españoles, fundaron en Madrid en 1933 la revtista "Octubre", que tuvo una vida irregular por las constantes persecuciones que le merecieron sus formidables artículos contra la tiranía y opresión ejercida por la burguesía española.

No hemos querido desperdiciar la oportunidad de este grato encuentro, con la vulgaridad de una entrevista a base de preguntas y respuestas, y hemos dejado que ella se deslice bajo el entusiasmo que la compañera León pone para narrarnos en forma inteligente, lo que vieron durante la tremenda represión que el Gobierno de Gil Robles desarrolló contra los trabajadores que se rebelaron en octubre de 34.

Dícenos:

—En el caso de Turón, el Consejo de Guera de los 65 obreros comenzó el pasado 16 de junio en el cuartel Pelayo, de

Oviedo. El fiscal ha pedido la pena de muerte para 16 mineros y prisión perpetua para 30. Lo más saliente que vino como consecuencia de la última revolución, es el Frente Unico de las Alianzas Obreras. En Asturias, a pesar de la tiranía del Gobierno, los comités de las Alianzas Obreras tienen una enorme influencia.

—Durante nuestra visita a distintos lugares de Europa, hemos saboreado la satisfacción de encontrar en todos ellos una decidida simpatía y solidaridad para la causa de nuestros trabajadores; en Tolouse, presenciamos distintas manifestaciones en pró de Largo Caballero, Telman y Dracosi, que están presos. En París verifícanse constantemente grandes actos y colectas para enviar recursos a nuestros compatriotas.

—Es gracias a la ayuda extranjera, a la colaboración decidida de todos nuestros hermanos de todo el mundo, que el espíritu revolucionario no decae ni un ápice a pesar de las terribles medidas de represión adoptadas por el Gobierno. El martirio, el hambre, la miseria y las vejaciones, no han podido dominar la brava rebeldía de los nuestros. En ocasiones, el Gobierno, en un fugaz escrúpulo de conciencia, ha querido ayudar económicamente a las viudas y huérfanos de sus víctimas; pero las mujeres y los desvalidos se han negado categóricamente a aceptar la ayuda de sus verdugos.

Esto me los dice la compañera María Teresa, con tal vivacidad y con tal convicción de rebeldía, que me hace comprender, más que con sus palabras, con los rasgos enérgicos de su rostro joven, todo el valor y todo el coraje estoico de las mujeres castellanas, que al lado de sus hombres luchan y mueren por la conquista de sus derechos secularmente estrangulados.

—De Rusia hemos recibido tres millones de francos, que el Socorro Rojo Internacional, conjuntamente con un comité español, se ha encargado de distribuir convenientemente. Ya sabemos, y esto es muy grato para nosotros, que la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, a iniciativa de Lombardo Toledano, va a efectuar una colecta para nuestros obreros.

Incidentalmente, nos acordamos de don Niceto; es decir, del Presidente de España; la impresión rotunda, cortante, la da Alberti:

—Un Presidente que le tiene tanto miedo al infierno, que le ha entregado el poder a Gil Robles, al que considera como su Angel de la Guarda.

Nosotros nos imaginamos al bueno de don Niceto comulgando todos los días y pagando "Gregorianas" por el descan-

so de los miles de almas con que ya habrá abarrotado el cielo o el infierno su angelito Gil Robles.

—SIETE MIL fusilamientos ha efectuado en realidad el Gobierno; pero él sólo confiesa cuatro. Los hospitales, las cárceles, los campos, todo ha sido lugar propicio para ahogar en sangre la rebeldía de los trabajadores.

Al hablarnos de sus jiras por el mundo, nos dicen:

—Hemos estado en Rusia en dos ocasiones: en el invierno de 32 a 33 y en agosto —octubre de 34. Pudimos observar durante el año y meses que separan nuestras dos visitas, una favorable transformación en sentido positivo hacia la realización del Plan Soviético. En nuestra segunda estancia, tuvimos oportunidad de conocer a Voroshilow y demás miembros del Gobierno, en una comida que nos ofreció Máximo Gorki. Al camarada Stalin no lo tratamos, porque por entonces estaba descansando.

—En octubre pasado, asistimos en Odesa, al Congreso de Escritores Soviéticos. También hemos estado en distintas conferencias internacionales socialistas.

—Ya al compañero Lombardo Toledano habíamos tenido oportunidad de conocerlo, a través de sus trabajos obreristas y socialistas. Es ampliamente estimada su labor fuera del país y nosotros tenemos la mejor impresión de él.

Amables, se desbordan en calificativos para la personalidad de nuestro director. Les manifestamos nuestro agradecimiento por su gentileza. Ya para despedirse, dedican un saludo a los trabajadores mexicanos, en un autógrafo que aparece en otra plana de esta revista, juntamente con las tres bellísimas composiciones de Alberti que aquí publicamos. María Teresa nos ofrece la serie de interesantísimas fotografías que somos los primeros en publicar en el mundo. Cada una de ellas nos muestra el camino macabro y sangriento porque tiene que ir avanzando el proletariado español para lograr la liberación de su clase. Estas fotos tomadas casi misteriosamente, significan en sí, el atrevimiento espinado de peligros del que las tomó.

Nos separamos con un "hasta luego, Camarada" de él y un fuerte apretón de manos de ella, que nos comunica todo el dinamismo que hay en su bella juventud, y todo el entusiasmo que ellos tienen por la causa socialista.

México, D. F., junio 19 de 1935.

Manuel Moguel Traconis.

HARRY SKIPSY

INGENIO

"EL MODELO"

VILLA CARDEL, VER.

Azúcar

Granulado de la mejor calidad

Alcohol

de 96° perfectamente refinado, PURO.

Oficinas en México, D. F.:

MESONES 24, PLANTA BAJA.

Tel. Eric. 2-80-37 Tel. Mex. L-35-42

Las Ultimas Novedades

Verdaderas creaciones del genio de nuestro siglo:

La manufactura más perfecta en su género:

La fábrica de telas de artiseta que cuenta con la maquinaria más moderna y con los mejores técnicos.

MEXICAN SILK MILL INC. S. A.

1a. CALLE DE GONZALEZ BOCANEGRA NUMERO 67

MEXICO, D. F.

El Alcohol de 96°, perfectamente deodorizado neutro, que ofrece a sus clientes El Ingenio de San Cristóbal, es el mejor para Licores y Perfumería